

Benedicto XVI sobre nuevos movimientos y comunidades eclesiales

Al recibir a participantes en actividades de la Fraternidad Católica

CIUDAD DEL VATICANO, viernes 31 de octubre de 2008 (ZENIT.org).- Publicamos el discurso que dirigió este viernes Benedicto XVI al recibir en audiencia a los participantes en encuentros organizados por la Fraternidad Católica Internacional de Comunidades y Asociaciones Carismáticas de Alianza (*Catholic Fraternity of Charismatic Covenant Communities and Fellowships*).

Eminencia,

venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,

queridos hermanos y hermanas:

Con mucho gusto os doy mi más cordial bienvenida y os doy las gracias por esta visita con motivo del II Encuentro Internacional de Obispos que acompañan a las nuevas comunidades de la Renovación Carismática Católica, del Consejo internacional de la Fraternidad Católica Internacional de Comunidades y Asociaciones Carismáticas de Alianza y, por último, de la XIII Conferencia Internacional, convocada en Asís, sobre el tema "Nosotros predicamos a un Cristo crucificado..., fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (Cf. *1 Corintios* 1,23-24), en la que participan las principales comunidades de la Renovación Carismática en el mundo. Os saludo, queridos hermanos en el episcopado, así como a todos los que trabajáis al servicio de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. Dirijo un saludo especial al profesor Matteo Calisi, presidente de la Fraternidad Católica, que ha manifestado vuestros sentimientos.

Como ya he afirmado en otras circunstancias, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, florecidos después del Concilio Vaticano II, constituyen un don singular del Señor y un recurso precioso para la vida de la Iglesia. Deben ser acogidos con confianza y valorados en sus diferentes contribuciones que han de ponerse al servicio de la utilidad común de manera ordenada y fecunda. Es de gran interés actual vuestra reflexión sobre el carácter central de Cristo en la predicación, así como sobre la importancia de "los carismas en la vida de la Iglesia particular", haciendo referencia a la teología paulina, al Nuevo Testamento y a la experiencia de la Renovación Carismática. Lo que vemos en el Nuevo Testamento sobre los carismas, que surgieron como signos visibles de la venida del Espíritu Santo, no es un acontecimiento histórico del pasado, sino una realidad siempre viva: el mismo Espíritu, alma de la Iglesia, actúa en ella en toda época, y sus intervenciones, misteriosas y eficaces, se manifiestan en nuestro tiempo de manera providencial. Los movimientos y nuevas comunidades son como irrupciones del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Entonces podemos decir adecuadamente que uno de los elementos y de los aspectos positivos de las comunidades de la Renovación Carismática Católica es precisamente la importancia que en ellas tienen los carismas y los dones del Espíritu Santo y su mérito consiste en haberlo recordado a la Iglesia su actualidad.

El Concilio Vaticano II, en varios documentos, hace referencia a los movimientos y a las nuevas comunidades eclesiales, especialmente en la constitución dogmática *Lumen gentium*, donde dice: "Los carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo" (n. 12). Después, también el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha subrayado el valor y la importancia de los nuevos carismas en la Iglesia, cuya autenticidad es garantizada por la disponibilidad a someterse al discernimiento de la autoridad eclesiástica (Cf. n. 2003). Precisamente por el hecho de que somos testigos de un prometedor florecimiento de movimientos y comunidades eclesiales es importante que los pastores ejerzan con ellos un discernimiento prudente, sabio y benevolente.

Deseo de corazón que se intensifique el diálogo entre pastores y movimientos eclesiales a todos los niveles: en las parroquias, en las diócesis y con la Sede Apostólica. Sé que se están estudiando formas oportunas para dar reconocimiento pontificio a los nuevos movimientos y comunidades eclesiales y ya muchos lo han recibido. Los pastores, especialmente los obispos, en el deber de discernimiento que les compete, no pueden desconocer este dato --el reconocimiento o la erección de asociaciones internacionales por parte de la Santa Sede para la Iglesia universal-- (Cf. Congregación para los obispos, Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos *Apostolorum Successores*, Capítulo 4,8).

Queridos hermanos y hermanas: entre estas nuevas realidades eclesiales reconocidas por la Santa Sede se encuentra también vuestra Fraternidad Católica Internacional de Comunidades y Asociaciones Carismáticas de Alianza, asociación internacional de fieles, que desempeña una misión específica en el seno de la Renovación Carismática Católica (Cf. Decreto del Consejo Pontificio para los Laicos, 30 de noviembre de 1990, prot. 1585/S-6//B-SO). Uno de sus objetivos, según las indicaciones de mi venerado predecesor Juan Pablo II, consiste en salvaguardar la identidad católica de las comunidades carismáticas y alentarlas a mantener un cercano lazo con los obispos y con el romano pontífice (Cf. *Carta autógrafa a la Fraternidad Católica*, 1 de junio de 1998). He sabido, además, con complacencia que se propone constituir un centro de formación permanente para los miembros y responsables de las comunidades carismáticas. Esto permitirá a la Fraternidad Católica desempeñar mejor su propia misión eclesial orientada a la evangelización, a la liturgia, a la adoración, al ecumenismo, a la familia, a los jóvenes y a las vocaciones de especial consagración; misión que se verá favorecida por el cambio de la sede internacional de la asociación a Roma, con la posibilidad de estar en un contacto más cercano con el Consejo Pontificio para los Laicos. Queridos hermanos y hermanas: la salvaguarda de la fidelidad a la identidad católica y del carácter eclesial por parte de cada una de vuestras comunidades os permitirá ofrecer por doquier un testimonio vivo y operante del profundo misterio de la Iglesia. Y esto promoverá la capacidad de las diferentes comunidades para atraer a nuevos miembros. Encomiendo los trabajos de vuestros respectivos congresos a la protección de María, Madre de la Iglesia, templo vivo del Espíritu Santo, y a la intercesión de los santos Francisco y Clara de Asís, ejemplos de santidad y de renovación espiritual, mientras os imparto de corazón a todos vosotros y a vuestras comunidades una especial bendición apostólica.

CARTA APOSTÓLICA «MISERICORDIA DE DIOS» DE JUAN PABLO II

Sobre algunos aspectos de la celebración del Sacramento de la Penitencia

CIUDAD DEL VATICANO, 2 mayo 2002 (ZENIT.org).- Publicamos a continuación la carta apostólica en forma de «Motu proprio» «Misericordia Dei» («Misericordia de Dios») publicada este miércoles por Juan Pablo II «sobre algunos aspectos de la celebración del sacramento de la penitencia.

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE «MOTU PROPRIO»
MISERICORDIA DEI
SOBRE ALGUNOS ASPECTOS
DE LA CELEBRACIÓN
DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Por la misericordia de Dios, Padre que reconcilia, el Verbo se encarnó en el vientre purísimo de la Santísima Virgen María para salvar «a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21) y abrirle «el camino de la salvación».(1) San Juan Bautista confirma esta misión indicando a Jesús como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Toda la obra y predicación del Precursor es una llamada enérgica y ardiente a la penitencia y a la conversión, cuyo signo es el bautismo administrado en las aguas del Jordán. El mismo Jesús se somete a aquel rito penitencial (cf. Mt 3, 13-17), no porque haya pecado, sino porque «se deja contar entre los pecadores; es ya “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29); anticipa ya el “bautismo” de su muerte sangrienta».(2) La salvación es, pues y ante todo, redención del pecado como impedimento para la amistad con Dios, y liberación del estado de esclavitud en la que se encuentra al hombre que ha cedido a la tentación del Maligno y ha perdido la libertad de los hijos de Dios (cf.Rm 8,21).

La misión confiada por Cristo a los Apóstoles es el anuncio del Reino de Dios y la predicación del Evangelio con vistas a la conversión (cf. Mc 16,15; Mt 28,18-20). La tarde del día mismo de su Resurrección, cuando es inminente el comienzo de la misión apostólica, Jesús da a los Apóstoles, por la fuerza del Espíritu Santo, el poder de reconciliar con Dios y con la Iglesia a los pecadores arrepentidos: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23).(3)

A lo largo de la historia y en la praxis constante de la Iglesia, el «ministerio de la

reconciliación» (2 Co 5,18), concedida mediante los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia, se ha sentido siempre como una tarea pastoral muy relevante, realizada por obediencia al mandato de Jesús como parte esencial del ministerio sacerdotal. La celebración del sacramento de la Penitencia ha tenido en el curso de los siglos un desarrollo que ha asumido diversas formas expresivas, conservando siempre, sin embargo, la misma estructura fundamental, que comprende necesariamente, además de la intervención del ministro – solamente un Obispo o un presbítero, que juzga y absuelve, atiende y cura en el nombre de Cristo –, los actos del penitente: la contrición, la confesión y la satisfacción.

En la Carta apostólica Novo millennio ineunte he escrito: «Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación. Como se recordará, en 1984 intervine sobre este tema con la Exhortación postsinodal Reconciliatio et paenitentia, que recogía los frutos de la reflexión de una Asamblea general del Sínodo de los Obispos, dedicada a esta problemática. Entonces invitaba a esforzarse por todos los medios para afrontar la crisis del “sentido del pecado” [...]. Cuando el mencionado Sínodo afrontó el problema, era patente a todos la crisis del Sacramento, especialmente en algunas regiones del mundo. Los motivos que lo originan no se han desvanecido en este breve lapso de tiempo. Pero el Año jubilar, que se ha caracterizado particularmente por el recurso a la Penitencia sacramental nos ha ofrecido un mensaje alentador, que no se ha de desperdiciar: si muchos, entre ellos tantos jóvenes, se han acercado con fruto a este sacramento, probablemente es necesario que los Pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo».(4)

Con estas palabras pretendía y pretendo dar ánimos y, al mismo tiempo, dirigir una insistente invitación a mis hermanos Obispos – y, a través de ellos, a todos los presbíteros – a reforzar solícitamente el sacramento de la Reconciliación, incluso como exigencia de auténtica caridad y verdadera justicia pastoral,(5) recordándoles que todo fiel, con las debidas disposiciones interiores, tiene derecho a recibir personalmente la gracia sacramental.

A fin de que el discernimiento sobre las disposiciones de los penitentes en orden a la absolución o no, y a la imposición de la penitencia oportuna por parte del ministro del Sacramento, hace falta que el fiel, además de la conciencia de los pecados cometidos, del dolor por ellos y de la voluntad de no recaer más,(6) confiese sus pecados. En este sentido, el Concilio de Trento declaró que es necesario «de derecho divino confesar todos y cada uno de los pecados mortales».(7) La Iglesia ha visto siempre un nexo esencial entre el juicio confiado a los sacerdotes en este Sacramento y la necesidad de que los penitentes manifiesten sus propios pecados,(8) excepto en caso de imposibilidad. Por lo tanto, la confesión completa de los pecados graves, siendo por institución divina parte constitutiva del Sacramento, en modo alguno puede quedar confiada al libre juicio de los Pastores (dispensa, interpretación, costumbres locales, etc.). La Autoridad eclesiástica competente sólo especifica – en las

relativas normas disciplinarias – los criterios para distinguir la imposibilidad real de confesar los pecados, respecto a otras situaciones en las que la imposibilidad es únicamente aparente o, en todo caso, superable.

En las circunstancias pastorales actuales, atendiendo a las expresas preocupaciones de numerosos hermanos en el Episcopado, considero conveniente volver a recordar algunas leyes canónicas vigentes sobre la celebración de este sacramento, precisando algún aspecto del mismo, para favorecer – en espíritu de comunión con la responsabilidad propia de todo el Episcopado(9) – su mejor administración. Se trata de hacer efectiva y de tutelar una celebración cada vez más fiel, y por tanto más fructífera, del don confiado a la Iglesia por el Señor Jesús después de la resurrección (cf. Jn 20,19-23). Todo esto resulta especialmente necesario, dado que en algunas regiones se observa la tendencia al abandono de la confesión personal, junto con el recurso abusivo a la «absolución general» o «colectiva», de tal modo que ésta no aparece como medio extraordinario en situaciones completamente excepcionales. Basándose en una ampliación arbitraria del requisito de la grave necesidad,(10) se pierde de vista en la práctica la fidelidad a la configuración divina del Sacramento y, concretamente, la necesidad de la confesión individual, con daños graves para la vida espiritual de los fieles y la santidad de la Iglesia.

Así pues, tras haber oído el parecer de la Congregación para la Doctrina de la fe, la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos y el Consejo Pontificio para los Textos legislativos, además de las consideraciones de los venerables Hermanos Cardenales que presiden los Dicasterios de la Curia Romana, reiterando la doctrina católica sobre el sacramento de la Penitencia y la Reconciliación expuesta sintéticamente en el Catecismo de la Iglesia Católica,(11) consciente de mi responsabilidad pastoral y con plena conciencia de la necesidad y eficacia siempre actual de este Sacramento, dispongo cuanto sigue:

1. Los Ordinarios han de recordar a todos los ministros del sacramento de la Penitencia que la ley universal de la Iglesia ha reiterado, en aplicación de la doctrina católica sobre este punto, que:

a) «La confesión individual e íntegra y la absolución constituyen el único modo ordinario con el que un fiel consciente de que está en pecado grave se reconcilia con Dios y con la Iglesia; sólo la imposibilidad física o moral excusa de esa confesión, en cuyo caso la reconciliación se puede conseguir también por otros medios».(12)

b) Por tanto, «todos los que, por su oficio, tienen encomendada la cura de almas, están obligados a proveer que se oiga en confesión a los fieles que les están encomendados y que lo pidan razonablemente; y que se les dé la oportunidad de acercarse a la confesión individual, en días y horas determinadas que les resulten asequibles».(13)

Además, todos los sacerdotes que tienen la facultad de administrar el sacramento de la Penitencia, muéstranse siempre y totalmente dispuestos a administrarlo cada vez que los fieles lo soliciten razonablemente.(14) La falta de disponibilidad para acoger a las ovejas descarriadas, e incluso para ir en su búsqueda y poder devolverlas al redil, sería un signo doloroso de falta de sentido pastoral en quien, por la ordenación sacerdotal, tiene que llevar en sí la imagen del Buen Pastor.

2. Los Ordinarios del lugar, así como los párrocos y los rectores de iglesias y santuarios, deben verificar periódicamente que se den de hecho las máximas facilidades posibles para la confesión de los fieles. En particular, se recomienda la presencia visible de los confesores en los lugares de culto durante los horarios previstos, la adecuación de estos horarios a la situación real de los penitentes y la especial disponibilidad para confesar antes de las Misas y también, para atender a las necesidades de los fieles, durante la celebración de la Santa Misa, si hay otros sacerdotes disponibles.(15)

3. Dado que «el fiel está obligado a confesar según su especie y número todos los pecados graves cometidos después del Bautismo y aún no perdonados por la potestad de las llaves de la Iglesia ni acusados en la confesión individual, de los cuales tenga conciencia después de un examen diligente»,(16) se reprueba cualquier uso que restrinja la confesión a una acusación genérica o limitada a sólo uno o más pecados considerados más significativos. Por otro lado, teniendo en cuenta la vocación de todos los fieles a la santidad, se les recomienda confesar también los pecados veniales.(17)

4. La absolución a más de un penitente a la vez, sin confesión individual previa, prevista en el can. 961 del Código de Derecho Canónico, ha de ser entendida y aplicada rectamente a la luz y en el contexto de las normas precedentemente enunciadas. En efecto, dicha absolución «tiene un carácter de excepcionalidad»(18) y no puede impartirse «con carácter general a no ser que:

1º amenace un peligro de muerte, y el sacerdote o los sacerdotes no tengan tiempo para oír la confesión de cada penitente;

2º haya una grave necesidad, es decir, cuando, teniendo en cuenta el número de los penitentes, no hay bastantes confesores para oír debidamente la confesión de cada uno dentro de un tiempo razonable, de manera que los penitentes, sin culpa por su parte, se verían privados durante notable tiempo de la gracia sacramental o de la sagrada comunión; pero no se considera suficiente necesidad cuando no se puede disponer de confesores a causa sólo de una gran concurrencia de penitentes, como puede suceder en una gran fiesta o peregrinación».(19)

Sobre el caso de grave necesidad, se precisa cuanto sigue:

a) Se trata de situaciones que, objetivamente, son excepcionales, como las que pueden producirse en territorios de misión o en comunidades de fieles aisladas, donde el sacerdote sólo puede pasar una o pocas veces al año, o cuando lo permitan las circunstancias bélicas, meteorológicas u otras parecidas.

b) Las dos condiciones establecidas en el canon para que se dé la grave necesidad son inseparables, por lo que nunca es suficiente la sola imposibilidad de confesar «como conviene» a las personas dentro de «un tiempo razonable» debido a la escasez de sacerdotes; dicha imposibilidad ha de estar unida al hecho de que, de otro modo, los penitentes se verían privados por un «notable tiempo», sin culpa suya, de la gracia sacramental. Así pues, se debe tener presente el conjunto de las circunstancias de los penitentes y de la diócesis, por lo que se refiere a su organización pastoral y la posibilidad de acceso de los fieles al sacramento de la Penitencia.

c) La primera condición, la imposibilidad de «oír debidamente la confesión» «dentro de un tiempo razonable», hace referencia sólo al tiempo razonable requerido para administrar válida y dignamente el sacramento, sin que sea relevante a este respecto un coloquio pastoral más prolongado, que puede ser pospuesto a circunstancias más favorables. Este tiempo razonable y conveniente para oír las confesiones, dependerá de las posibilidades reales del confesor o confesores y de los penitentes mismos.

d) Sobre la segunda condición, se ha de valorar, según un juicio prudencial, cuánto deba ser el tiempo de privación de la gracia sacramental para que se verifique una verdadera imposibilidad según el can. 960, cuando no hay peligro inminente de muerte. Este juicio no es prudencial si altera el sentido de la imposibilidad física o moral, como ocurriría, por ejemplo, si se considerara que un tiempo inferior a un mes implicaría permanecer «un tiempo razonable» con dicha privación.

e) No es admisible crear, o permitir que se creen, situaciones de aparente grave necesidad, derivadas de la insuficiente administración ordinaria del Sacramento por no observar las normas antes recordadas(20) y, menos aún, por la opción de los penitentes en favor de la absolución colectiva, como si se tratara de una posibilidad normal y equivalente a las dos formas ordinarias descritas en el Ritual.

f) Una gran concurrencia de penitentes no constituye, por sí sola, suficiente necesidad, no sólo en una fiesta solemne o peregrinación, y ni siquiera por turismo u otras razones parecidas, debidas a la creciente movilidad de las personas.

5. Juzgar si se dan las condiciones requeridas según el can. 961, § 1, 2º, no corresponde al confesor, sino al Obispo diocesano, «el cual, teniendo en cuenta los criterios acordados con los demás miembros de la Conferencia Episcopal, puede determinar los casos en que se

verifica esa necesidad».(21) Estos criterios pastorales deben ser expresión del deseo de buscar la plena fidelidad, en las circunstancias del respectivo territorio, a los criterios de fondo expuestos en la disciplina universal de la Iglesia, los cuales, por lo demás, se fundan en las exigencias que se derivan del sacramento mismo de la Penitencia en su divina institución.

6. Siendo de importancia fundamental, en una materia tan esencial para la vida de la Iglesia, la total armonía entre los diversos Episcopados del mundo, las Conferencias Episcopales, según lo dispuesto en el can. 455, §2 del C.I.C., enviarán cuanto antes a la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos el texto de las normas que piensan emanar o actualizar, a la luz del presente Motu proprio, sobre la aplicación del can. 961 del C.I.C. Esto favorecerá una mayor comunión entre los Obispos de toda la Iglesia, impulsando por doquier a los fieles a acercarse con provecho a las fuentes de la misericordia divina, siempre rebosantes en el sacramento de la Reconciliación.

Desde esta perspectiva de comunión será también oportuno que los Obispos diocesanos informen a las respectivas Conferencias Episcopales acerca de si se dan o no, en el ámbito de su jurisdicción, casos de grave necesidad. Será además deber de las Conferencias Episcopales informar a la mencionada Congregación acerca de la situación de hecho existente en su territorio y sobre los eventuales cambios que después se produzcan.

7. Por lo que se refiere a las disposiciones personales de los penitentes, se recuerda que:

a) «Para que un fiel reciba validamente la absolución sacramental dada a varios a la vez, se requiere no sólo que esté debidamente dispuesto, sino que se proponga a la vez hacer en su debido tiempo confesión individual de todos los pecados graves que en las presentes circunstancias no ha podido confesar de ese modo».(22)

b) En la medida de lo posible, incluso en el caso de inminente peligro de muerte, se exhorte antes a los fieles «a que cada uno haga un acto de contrición».(23)

c) Está claro que no pueden recibir validamente la absolución los penitentes que viven habitualmente en estado de pecado grave y no tienen intención de cambiar su situación.

8. Quedando a salvo la obligación de «confesar fielmente sus pecados graves al menos una vez al año»,(24) «aquel a quien se le perdonan los pecados graves con una absolución general, debe acercarse a la confesión individual lo antes posible, en cuanto tenga ocasión, antes de recibir otra absolución general, de no interponerse una causa justa».(25)

9. Sobre el lugar y la sede para la celebración del Sacramento, téngase presente que:

a) «El lugar propio para oír confesiones es una iglesia u oratorio»,(26) siendo claro que

razones de orden pastoral pueden justificar la celebración del sacramento en lugares diversos;(27)

b) las normas sobre la sede para la confesión son dadas por las respectivas Conferencias Episcopales, las cuales han de garantizar que esté situada en «lugar patente» y esté «provista de rejillas» de modo que puedan utilizarlas los fieles y los confesores mismos que lo deseen.(28)

Todo lo que he establecido con la presente Carta apostólica en forma de Motu proprio, ordeno que tenga valor pleno y permanente, y se observe a partir de este día, sin que obste cualquier otra disposición en contra. Lo que he establecido con esta Carta tiene valor también, por su naturaleza, para las venerables Iglesias Orientales Católicas, en conformidad con los respectivos cánones de su propio Código.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 7 de abril, Domingo de la octava de Pascua o de la Divina Misericordia, en el año del Señor 2002, vigésimo cuarto de mi Pontificado.

JUAN PABLO II

JUAN PABLO II INVITA A DEJARSE «CONQUISTAR» POR EL MISTERIO DE AMOR DE DIOS

Palabras antes de rezar el «Angelus» de este domingo

CIUDAD DEL VATICANO, 24 febrero 2002 (ZENIT.org).- «Cuando el corazón ha sido "conquistado" por Cristo, la vida cambia», afirmó Juan Pablo II en su intervención ante los peregrinos antes de rezar la oración mariana del «Angelus» este domingo. Estas fueron sus palabras.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Hoy, segundo domingo de Cuaresma, se nos vuelve a proponer la narración evangélica de la transfiguración de Cristo. Antes de afrontar la pasión y la cruz, Jesús subió «a lo alto de un monte» (Mateo 17,1), identificado comúnmente como el Tabor, junto con los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Ante ellos «se transfiguró»: su rostro y toda la persona brillaron de luz.

La liturgia de hoy nos invita a seguir al Maestro sobre el Tabor, sobre el monte del silencio y de la contemplación. Es la gracia que he tenido esta semana de «Ejercicios espirituales» con mis colaboradores de la Curia romana, una experiencia que recomiendo a todos, si bien en formas adaptadas a las diferentes vocaciones y condiciones de vida. Especialmente en el tiempo de Cuaresma, es importante que las comunidades cristianas se conviertan en auténticas escuelas de oración (cf. «Novo millennio ineunte», 33), donde uno se deja «conquistar» por el misterio de luz y amor de Dios (cf. Fil 3,12).

2. Sobre el Tabor comprendemos mejor que la vida de la cruz y de la gloria son inseparables. Acogiendo hasta el final el designio del Padre, en el que estaba escrito que habría tenido que sufrir para entrar en su gloria (cf. Lc 24,26), Cristo experimenta anticipadamente la luz de la resurrección.

También nosotros, al llevar todos los días con fe llena de amor la cruz, experimentamos junto al peso y la dureza, su fuerza de renovación y de consolación. Con Jesús recibimos esta luz interior especialmente en la oración.

Cuando el corazón ha sido «conquistado» por Cristo, la vida cambia. Las opciones más generosas, y sobre todo, perseverantes, son fruto de profunda y prolongada unión con Dios en el silencio orante.

3. Pedimos a la Virgen del silencio, que ha sabido custodiar la luz de la fe incluso en las oras más oscuras, la gracia de una Cuaresma vivificada por la oración. Que María nos ilumine el corazón y nos ayude a todos a adherir fielmente en toda circunstancia a los designios de Dios.

LA SANTIDAD, AVENTURA DE AMOR QUE DA SENTIDO A LA VIDA

Dios Trinidad, segunda etapa de los Ejercicios Espirituales

CIUDAD DEL VATICANO, 19 febrero 2002 (ZENIT.org).- Los Ejercicios Espirituales que realiza Juan Pablo II en el Vaticano han entrado en una segunda etapa que ha culminado con

la constatación de la aventura más apasionante del hombre: la santidad, aventura del amor en su plenitud.

El predicador pontificio, el cardenal Cláudio Hummes, llegó a esta conclusión al adentrarse entre la tarde del lunes y la mañana del martes en el misterio de amor más sorprendente para el creyente, la Trinidad.

Experiencia del Amor

Siguiendo un itinerario de «humildad transparente y de pobreza espiritual», el purpurado franciscano no hizo más que poner al Papa y a sus colaboradores de la Curia romana ante el misterio de las tres Personas.

«Es necesario acercarse al misterio de la Trinidad, quitándonos las sandalias, dejándonos involucrar por el fuego purificador de la zarza ardiente», propuso el arzobispo de Sao Paulo con un lenguaje brasileño preñado de coloridas expresiones bíblicas.

Dios Trinidad, recordó, es un misterio inaccesible para la razón humana. Sólo el amor teologal nos permite descubrir poco a poco ese misterio, a través de una «pedagogía» divina que lleva entablar una relación de amor con las tres personas divinas.

Falsos dioses

El cardenal Hummes contrastó la contemplación de la belleza de Dios con la constatación de la condición del hombre moderno, «contaminado por la ideología racionalista», que le ha llevado a perder «el sentido del misterio, tan necesario para vivir la vida de fe y la vida humana como una aventura maravillosa».

«No acoger la sublimidad del misterio --dijo-- significa perderse en caminos que llevan al hombre a adorar su propia obra científica y tecnológica con todas sus limitaciones, fracasos y riesgos».

De aquí, constató, la urgencia de la «nueva evangelización que hace que el hombre moderno sea nuevamente sensible al misterio trascendente de Dios».

Santidad, la auténtica aventura

Para alcanzar este objetivo, aseguró Hummes, debemos «sentarnos a los pies del Maestro y escucharlo».

«Jesús se siente inmensamente feliz por ser el Hijo amado y quiere que también nosotros

experimentemos esta felicidad suya, convirtiéndonos en hijos del mismo Padre», dijo el cardenal.

En esta aventura, que lleva a descubrir el amor de Dios Padre, siguió explicando el predicador, es guiada por el Espíritu, «continua fuerza de renovación».

Es la aventura de la santidad, afirmó. Pero, «¿qué significa la santidad?».

«Santidad es la presencia del Espíritu de Dios en nosotros, de la Trinidad en nosotros -- respondió--. Su Espíritu que nos hace capaces de experimentar el amor de Dios por nosotros y de responder amando a Dios como a un Padre y amándonos los unos a los otros como hermanos».

«Esto es la santidad, sólo esto. Esto es todo», concluyó.

JUAN PABLO II: LAS ARMAS DEL CRISTIANO PARA COMBATIR EL MAL

Palabras del pontífice antes de rezar la oración mariana del Angelus

CIUDAD DEL VATICANO, 17 febrero 2002 (ZENIT.org).- En su lucha contra el mal, el cristiano cuenta con las armas decisivas de «la oración, los sacramentos, la penitencia, la escucha atenta de la Palabra de Dios, la vigilancia y el ayuno», aseguró Juan Pablo II este domingo antes de rezar el «Angelus».

En su tradicional encuentro dominical con los peregrinos, el Santo Padre ofreció a inicios de Cuaresma los consejos evangélicos para afrontar las tentaciones de la concupiscencia, del mal ejemplo de los demás, y del demonio.

Estas fueron sus palabras:

Queridos hermanos y hermanas!

1. Este miércoles pasado hemos emprendido el itinerario penitencial de Cuaresma con el rito de la imposición de las cenizas, un rito lleno de simbolismo, arraigado en la tradición bíblica, y sumamente apreciado por la devoción popular. La ceniza nos recuerda la fragilidad de la existencia terrena y nos orienta a mirar a Cristo que, con su muerte y resurrección, la ha rescatado de la esclavitud del pecado y de la muerte. Con estas disposiciones íntimas nos ponemos en camino hacia Pascua, manteniendo el corazón abierto a la insistente invitación del Señor: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Marcos 1, 15).

2 Hoy, primer domingo de Cuaresma, la liturgia nos propone la impresionante página evangélica de las tentaciones de Jesús: «Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mateo 4, 1). La misión del Redentor comienza precisamente con su victoria sobre la triple insidia del príncipe del mal.

«Apártate, Satanás» (Marcos 4, 10). La actitud decidida del Mesías constituye para nosotros un ejemplo y una invitación a seguirlo con valiente determinación. El demonio, «príncipe de este mundo» (Juan 12, 31), continúa todavía hoy con su acción falaz. Todo hombre es tentado por la propia concupiscencia y el mal ejemplo de los demás, así como por el demonio, y es más tentado aún cuando menos lo percibe. ¡Cuántas veces con ligereza cede a las falaces lisonjas de la carne y del maligno, y experimenta después amargas desilusiones! Es necesario seguir siendo vigilantes para reaccionar con prontitud a todo ataque de la tentación.

3. La Iglesia, experta maestra de humanidad y de santidad, nos señala instrumentos antiguos y siempre nuevos para afrontar el diario combate contra las sugerencias del mal: la oración, los sacramentos, la penitencia, la escucha atenta de la Palabra de Dios, la vigilancia y el ayuno.

Emprendamos con mayor compromiso el camino penitencial de la Cuaresma para estar preparados a vencer toda seducción de Satanás y llegar a Pascua en la alegría del espíritu (cf. Oración colecta).

Que María, Madre de la divina Misericordia, nos acompañe. A ella le quisiera confiar de manera especial los Ejercicios Espirituales que esta noche comenzaré en el Vaticano, junto con mis colaboradores de la Curia Romana. A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os pido que nos acompañéis con la oración para que sean días fructuosos no sólo para los que participan, sino para toda la Iglesia.

[Traducción del original italiano realizada por Zenit

El pontífice saludó a continuación en varios idiomas a los peregrinos congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano. Estas fueron sus palabras en castellano:]

JUAN PABLO II: LA EUCARISTÍA, EL TESORO MÁS PRECIOSO DE LOS CRISTIANOS

Intervención del Papa antes de rezar la oración mariana del «Angelus»

CIUDAD DEL VATICANO, 2 junio 2002 (ZENIT.org).- Publicamos las palabras que pronunció Juan Pablo II este domingo antes de rezar con los peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano la oración mariana del «Angelus».

* * *

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. En Italia y en otros países se celebra hoy la solemnidad del «Corpus Domini». La comunidad cristiana se reúne entorno a la Eucaristía y en ella adora su tesoro más precioso: Cristo realmente presente bajo las especies del pan y del vino consagrados.

El pueblo entero sale de las iglesias y lleva el santísimo sacramento por las calles y las plazas de las ciudades. Es Cristo resucitado que camina por los caminos de la humanidad y sigue ofreciendo su «carne» a los hombres como auténtico «pan de vida» (Cf. Juan 6, 48.51). Hoy, al igual que hace dos mil años, «estas palabras son duras» (Juan 6, 60) para la inteligencia humana, que se queda como superada por el misterio.

Para explorar la fascinante profundidad de esta presencia de Cristo bajo los «signos» del pan y del vino es necesaria la fe, o más bien, es necesaria la fe vivificada por el amor. Sólo quien cree y ama puede comprender algo de este inefable misterio, gracias al cual Dios se acerca a nuestra pequeñez, busca nuestra enfermedad, se revela por lo que es, infinito huésped que salva.

3. Por este motivo la Eucaristía es el centro motor de la comunidad. Desde los inicios, desde la primitiva comunidad de Jerusalén, los cristianos se reunían en el día del Señor para renovar en la santa misa el memorial de la muerte y resurrección de Cristo. El «domingo» es el día del descanso y de la alabanza, pero sin la Eucaristía se pierde su verdadero significado. Por este motivo, en la carta apostólica «Novo millennio ineunte», he vuelto a proponer como nuevo compromiso pastoral prioritario la revaloración del domingo y, en él, de la celebración eucarística: «deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente» (n.36).

3. Al adorar la Eucaristía, no podemos dejar de pensar con reconocimiento en la Virgen María. Nos lo sugiere el célebre himno eucarístico que cantamos con frecuencia: «Ave, verum Corpus / natum de Maria Virgine». Pedimos hoy a la Madre del Señor que cada uno pueda experimentar la dulzura de la comunión con Jesús y participar, gracias al pan de vida eterna en su misterio de salvación y de santidad.

JUAN PABLO II: EL JUICIO DE DIOS, LIBERACIÓN DE SU AMADO

Intervención en la audiencia general sobre el Cántico de Habacuc

CIUDAD DEL VATICANO, 15 mayo 2002 (ZENIT.org).- Publicamos la intervención de Juan Pablo II en la audiencia general de este miércoles, celebrada en la plaza de San Pedro del Vaticano, dedicada al Cántico de Habacuc sobre el «Juicio de Dios».

1 La Liturgia de los Laudes nos propone una serie de cánticos bíblicos de gran intensidad espiritual para acompañar la oración fundamental de los Salmos. Hoy hemos escuchado un ejemplo, tomado del tercer y último capítulo del libro Habacuc. Este profeta vivió al finalizar el siglo VII a. c., cuando el reino de Judá se sentía como aplastado por dos superpotencias en expansión, por un lado Egipto y por el otro Babilonia.

Sin embargo, muchos estudiosos consideran que este himno final es una cita. Al breve escrito de Habacuc se le habría añadido como apéndice un auténtico canto litúrgico «en tono de lamentación» para ser acompañado con «instrumentos de cuerda», como dicen dos notas puestas al inicio y al final del Cántico (Cf. Habacuc 3, 1.19b). La Liturgia de los Laudes, siguiendo con el hilo de la antigua oración de Israel, nos invita a transformar en un canto cristiano esta composición, escogiendo algunos versículos significativos (Cf. versículos 2-4.13a.15-19a).

2. El himno, que revela también una considerable fuerza poética, presenta una grandiosa imagen del Señor (Cf. versículos 3-4). Su figura domina solemnemente sobre toda la escena del mundo y el universo siente escalofríos ante su caminar majestuoso. Avanza desde el Sur, desde Temán; y desde el monte Farán (Cf. versículo 3), es decir, desde el área del Sinaí, sede de la gran epifanía reveladora para Israel. El Salmo 67 también hace una descripción del «Señor que viene desde el Sinaí al santuario» de Jerusalén (Cf. v. 18). Su aparición, según una constante en la tradición bíblica, está rodeada de luz (Cf. Habacuc 3, 4).

Es una irradiación de su misterio trascendente que se comunica a la humanidad: la luz, de hecho, está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; y sin embargo nos envuelve, ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, imposible de aferrar y sin embargo cercano a nosotros, es más, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Ante la revelación de su majestad responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre presta su voz.

La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo en el marco de la espiritualidad personal, sino también con audaces creaciones artísticas. Dejando a un lado las majestuosas catedrales de la Edad Media, mencionamos sobre todo el arte del oriente cristiano con sus admirables iconos y con la genial arquitectura de sus iglesias y monasterios.

La iglesia de santa Sofía de Constantinopla es desde este punto de vista una especie de arquetipo en lo que se refiere a la delimitación del espacio de la oración cristiana, en el que la presencia y la imposibilidad de aferrar la luz permite experimentar la intimidad y la trascendencia de la realidad divina. Ésta penetra en toda la comunidad orante hasta llegar a la médula de los huesos y al mismo tiempo le invita a superarse a sí misma para sumergirse en todo el carácter inefable del misterio. Sumamente significativas son también las propuestas artísticas y espirituales que caracterizan los monasterios de esa tradición cristiana. En aquellos

auténticos espacios sagrados --y el pensamiento se dirige espontáneamente al Monte Athos-- el templo contiene en sí un signo de eternidad. El misterio de Dios se manifiesta y se esconde en esos espacios a través de la oración continua de los monjes y eremitas, considerados desde siempre como semejantes a los ángeles.

3. Pero regresemos al Cántico del profeta Habacuc. Para el autor sagrado, la entrada del Señor en el mundo tiene un significado preciso. Quiere entrar en la historia de la humanidad, «en medio de los años», como se repite dos veces en el versículo 2, para juzgar y hacer mejores las vicisitudes que nosotros afrontamos de manera confusa y en ocasiones perversa.

Entonces, Dios muestra su desdén (Cf. v. 2c) contra el mal. El canto hace referencia a una serie de intervenciones divinas inexorables, sin especificar si se trata de acciones directas o indirectas. Evoca el éxodo de Israel, cuando la caballería del faraón se hundió en el mar (Cf. v. 15). Pero aparece también la perspectiva de la obra que el Señor está a punto de cumplir con el nuevo opresor de su pueblo. La intervención divina es presentada de manera casi «visible» a través de una serie de imágenes agrícolas: «Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaben las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (versículo 17). Todo lo que es signo de paz y de fertilidad es eliminado y el mundo parece quedar como un desierto. Se trata de un símbolo común entre los profetas (Cf. Jeremías 4, 19-26; 12, 7-13; 14, 1-10) para ilustrar el juicio del Señor que no es indiferente ante el mal, la opresión, la injusticia.

4. Ante la irrupción divina, el orante queda aterrado (Cf. Habacuc 3, 16), siente un escalofrío total, se siente vaciar el alma, y experimenta el temblor, pues el Dios de la justicia es infalible, a diferencia de los jueces terrenos.

Pero la entrada del Señor tiene también otra función, que nuestro canto exalta con alegría. En su desdén, no olvida la clemencia compasiva (Cf. v. 2). Sale del horizonte de su gloria no sólo para destruir la arrogancia del impío, sino también para salvar a su pueblo y a su consagrado (Cf. v. 13), es decir, Israel y su rey. Quiere ser también liberador de los oprimidos, hacer brotar la esperanza en el corazón de las víctimas, abrir una nueva era de justicia.

5. Por este motivo, nuestro cántico, si bien está marcado por el «tono de lamento», se transforma en un himno de alegría. Las calamidades anunciadas tienen por objetivo la liberación de los opresores (Cf. v. 15). Provocan, por tanto, la alegría del justo que exclama: «yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (v. 18). La misma actitud es sugerida por Jesús a sus discípulos en tiempos de cataclismos apocalípticos: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación.» (Lucas 21, 28).

El versículo final del cántico de Habacuc es sumamente bello para expresar la serenidad reconquistada. El Señor es definido, como lo había hecho David en el Salmo 17, no sólo como «la fuerza» de su fiel, sino también como aquel que dona agilidad, frescura, serenidad en los peligros. David cantaba: «Yo te amo, Señor, mi fortaleza [...] Él hace mis pies como de ciervas, y en las alturas me sostiene en pie» (Salmo 17, 2. 34). Ahora, nuestro cantor exclama: «El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas». (Habacuc, 3, 19). Cuando se está al lado del Señor, ya no se tiene miedo de las pesadillas y de los obstáculos, sino que se avanza con paso ligero y con alegría por el camino más áspero de la vida».

[Traducción del original italiano realizada por Zenit]

Al terminar la audiencia, el Santo Padre hizo esta síntesis en castellano.

Queridos hermanos y hermanas:

El himno de Habacuc que meditamos hoy nos presenta una grandiosa imagen del Señor: su figura destaca solemnemente sobre el mundo y el universo entero se estremece ante su acción. Se nos presenta una irradiación de su misterio trascendente que se comunica a la humanidad: Dios, lejano y cercano, inabarcable y a la vez próximo a nosotros, más aún, dispuesto para estar con nosotros y en nosotros. Ante la revelación de su misterio la tierra responde con un coro de alabanzas, una respuesta cósmica a la que el hombre presta su voz.

Este cántico muestra una vez más la clemencia compasiva de Dios, que no sólo se levanta de su trono para destruir la arrogancia del impío sino también para salvar a su pueblo. Por eso, cuando se es consciente de la cercanía del Señor no se temen los obstáculos sino que se camina con paso ligero y con alegría por el camino, a veces difícil, de la vida.

Saludo a los peregrinos de lengua española; de modo particular a los miembros de la Cofradía del Lignum Crucis, de España. Os deseo a todos abundantes frutos espirituales de vuestra peregrinación a Roma y copiosa efusión de dones del Espíritu Santo en la ya cercana fiesta de Pentecostés. Muchas gracias por vuestra atención.

JUAN PABLO II: «LA MISIÓN ES ANUNCIO DE PERDÓN»

Mensaje del Papa para la Jornada Misionera Mundial (Domund)

CIUDAD DEL VATICANO, 20 mayo 2002 (ZENIT.org).- Publicamos a continuación el mensaje de Juan Pablo II para la próxima Jornada Misionera Mundial (Domund), que se celebrará el próximo domingo 20 de octubre con el lema «La misión es anuncio de perdón».

Queridísimos Hermanos y Hermanas:

1. La misión evangelizadora de la Iglesia es esencialmente anuncio del amor, de la misericordia y del perdón de Dios, revelados a los hombres mediante la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, nuestro Señor. Es la proclamación de la gozosa noticia de que Dios nos ama y quiere que estemos todos unidos en su amor misericordioso, perdonándonos y pidiendo perdón a los demás, incluso las ofensas más graves. Esta es la Palabra de la reconciliación que nos ha sido confiada porque, como afirma san Pablo, «en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de reconciliación» (2 Corintios 5,19). Estas palabras hacen eco y recuerdan el supremo anhelo del corazón de Cristo en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23,34).

He aquí, pues, una síntesis de los contenidos fundamentales de la Jornada Misionera Mundial, que celebraremos el domingo 20 de octubre próximo, dedicada al estimulante tema: «La misión es anuncio de perdón». Se trata de un acontecimiento que se repite cada año, pero que no pierde con el pasar del tiempo su significado e importancia, porque la misión constituye nuestra respuesta al supremo mandato de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mateo 28,19).

2. Al inicio del tercer milenio cristiano se impone con mayor urgencia el deber de la misión, porque, como recordé ya en la encíclica «Redemptoris missio», «el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado. Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión» (n. 3).

Con el gran apóstol y evangelizador san Pablo, queremos repetir: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!... es una misión que se me ha confiado» (1 Corintios 9,16-17). Sólo el amor de Dios, capaz de hermanar a los hombres de toda raza y cultura, podrá hacer desaparecer las dolorosas divisiones, los contrastes ideológicos, las desigualdades económicas y los violentos atropellos que oprimen todavía a la humanidad.

Son bien conocidas las horribles guerras y revoluciones que han ensangrentado el siglo apenas transcurrido, y los conflictos que, desgraciadamente, continúan afligiendo al mundo de modo casi endémico. Esto no hace olvidar, al mismo tiempo, el anhelo de muchos hombres y mujeres que, aun viviendo en gran pobreza espiritual y material, experimentan gran sed de Dios y de su amor misericordioso. La invitación del Señor a anunciar la Buena Nueva sigue siendo válida hoy, más aún, se hace cada vez más urgente.

3. En la carta apostólica «Novo millennio ineunte» subrayé la importancia de la

contemplación del rostro doliente y glorioso de Cristo. El corazón del mensaje cristiano es el anuncio del misterio pascual de Cristo crucificado y resucitado. El rostro doliente del Crucificado «nos lleva a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema de su misterio» (n. 25). En la Cruz, Dios no ha revelado todo su amor. La Cruz es la clave que da libre acceso a «una sabiduría que no es de este mundo, ni de los dominadores de este mundo, sino a la sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido escondida» (1 Corintios 2,6.7).

La Cruz, en la que resplandece ya el rostro glorioso del Resucitado, nos introduce en la plenitud de la vida cristiana y en la perfección del amor, porque revela la voluntad de Dios de compartir con los hombres su vida, su amor y su santidad. A partir de este misterio, la Iglesia, recordando las palabras del Señor «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Cf. Mateo 5,48), comprende cada vez mejor que su misión no tendría sentido si no condujera a la plenitud de la existencia cristiana, es decir, a la perfección del amor y de la santidad.

En la contemplación de la Cruz aprendemos a vivir en humildad y en el perdón, en la paz y en la comunión. Esta fue la experiencia de san Pablo, que escribía a los Efesios: «Os ruego, pues, yo, preso por el Señor, que viváis de una manera digna de la vocación con la que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Efesios 4,1-3). Y a los Colosenses añadía: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el lazo de la unión perfecta. Y que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ello habéis sido llamados formando un solo Cuerpo» (Col 3,12-15).

4. Queridísimos hermanos y hermanas: el grito de Jesús en la cruz (Cf. Mateo 27,46) no revela la angustia de un desesperado, sino que es la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre para la salvación de todos. Desde la cruz, Jesús indica a qué condiciones es posible practicar el perdón. Al odio, con que sus perseguidores le habían clavado en la Cruz, responde rogando por ellos. No sólo los ha perdonado, sino que continúa amándolos, queriendo su bien y, para esto, intercede por ellos. Su muerte se convierte en verdadera y propia realización del Amor.

Ante el gran misterio de la Cruz no podemos sino postrarnos en adoración. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del "rostro" del pecado. "Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Corintios 5,21)» («Novo millennio ineunte», 25). Con el perdón absoluto de Cristo incluidos sus perseguidores comienza para todos la nueva justicia del Reino de Dios.

Durante la Última Cena, el Redentor dijo a los Apóstoles: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Juan 13, 34-35).

5. Cristo resucitado dona a sus discípulos la paz. La Iglesia, fiel al mandamiento de su Señor, continúa proclamando y difundiendo la paz. Mediante la evangelización, los creyentes ayudan a los hombres a reconocerse hermanos y, como peregrinos en la tierra, aunque por caminos diversos, todos encaminados hacia la Patria común que Dios no cesa de señalarnos, a través de caminos conocidos sólo por Él. El camino real de la misión es el diálogo sincero (Cf. «Ad gentes», 7; «Nostra aetate», 2); el diálogo que «no nace de una táctica o de un interés» («Redemptoris missio» 56), ni tampoco es fin en sí mismo. El diálogo que, más bien, hace hablar al otro con estima y comprensión, afirmando los principios en que se cree y anunciando con amor las verdades más profundas de la fe, que son alegría, esperanza y sentido de la existencia. En el fondo, el diálogo es la realización de un impulso espiritual, que «tiende a la purificación y conversión interior, que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífero» (ibid. 56): El empeño por un diálogo atento y respetuoso es una "conditio sine qua non" para un auténtico testimonio del amor salvífico de Dios.

Este diálogo está profundamente ligado a la voluntad de perdón, porque quien perdona abre el corazón a los demás y se hace capaz de amar, de comprender al hermano y de entrar en sintonía con él. Por otra parte, la práctica del perdón, según el ejemplo de Jesús, desafía y abre los corazones, cura las heridas del pecado y de la división y crea verdadera comunión.

6. Con la celebración de la Jornada Misionera Mundial se ofrece a todos la oportunidad de medirse con las exigencias del amor infinito de Dios. Amor que demanda fe; amor que invita a poner toda la propia confianza en Él. «Sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan» (Hebreos 11,6).

En esta celebración anual se nos invita a rezar asiduamente por las misiones y a colaborar con todos los medios en las actividades que la Iglesia despliega en todo el mundo para construir el Reino de Dios, «Reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (Prefacio de la fiesta de Cristo, Rey del universo). Estamos llamados ante todo a testimoniar con la vida nuestra adhesión total a Cristo y a su Evangelio.

Sí, nunca hay que avergonzarse del Evangelio y nunca hay que tener miedo de proclamarse cristianos, silenciando la propia fe. Es necesario, al contrario, continuar hablando, ensanchando los espacios del anuncio de la salvación, porque Jesús ha prometido permanecer siempre y en toda circunstancia presente en medio de sus discípulos.

La Jornada Misionera Mundial, verdadera y propia fiesta de la misión, nos ayuda así a descubrir mejor el valor de nuestra vocación personal y comunitaria. Nos estimula, asimismo, a ir en ayuda de los «hermanos más pequeños» (Cf. Mateo 25, 40) a través de los misioneros esparcidos en todas las partes del mundo. Esta es la tarea de las Obras Misionales Pontificias que desde siempre sirven a la Misión de la Iglesia, no haciendo faltar a los más pequeños quien les parta el pan de la Palabra y continúe llevándoles el don del inagotable amor, que brota del corazón mismo del Salvador.

¡Queridísimos hermanos y hermanas! Encomendemos este empeño nuestro por el anuncio del Evangelio, así como también la entera actividad evangelizadora de la Iglesia, a María Santísima, Reina de las Misiones. Sea Ella quien nos acompañe en nuestro camino de descubrimiento, de anuncio y de testimonio del Amor de Dios, que perdona y dona la paz al hombre.

Con estos sentimientos, envío de corazón la Bendición Apostólica, como prenda de la constante protección del Señor, a todos los misioneros y misioneras esparcidos por el mundo, a todos los que les acompañan con la oración y la ayuda fraterna, a las comunidades cristianas de antigua y nueva fundación.

En el Vaticano, 19 de Mayo del 2002, Solemnidad de Pentecostés.

Juan Pablo II

JUAN PABLO II: HACER DE NUESTRA VIDA UNA CONSTANTE ALABANZA A DIOS

Intervención durante la audiencia general del miércoles

CIUDA DEL VATICANO, 9 enero 2002 (ZENIT.org).- Juan Pablo II invitó a hacer de la vida una constante alabanza a Dios al comentar el Salmo 150 durante la audiencia general que ofreció en el Aula Pablo VI del Vaticano este miércoles.

Ofrecemos a continuación las palabras del Papa.

1. El himno que acaba se servir de apoyo para nuestra oración es el último canto del Salterio, el Salmo 150. La palabra final que resuena en el libro de la oración de Israel es el aleluya, es decir, la alabanza pura a Dios, y por este motivo el Salmo es propuesto en dos ocasiones por la Liturgia de los Laudes, en el segundo y en el cuarto domingo.

El breve texto está salpicado por la sucesión de diez imperativos que repiten la misma palabra «hallelû», «¡alabad!». Como música y canto perenne, parecen no apagarse nunca, como sucederá también en el célebre aleluya del «Mesías» de Händel. La alabanza a Dios se convierte en una especie de respiración del alma sin pausa. Como se ha escrito, «esta es una de las recompensas del ser humano: la tranquila exaltación, la capacidad de celebrar. Está bien expresada en una frase que el rabino Akiba dirigió a sus discípulos: "Un canto cada día / un canto para cada día"» (A. J. Heschel, «Chi è l'uomo?», Milán 1971, p. 198).

2. El Salmo 150 parece desarrollarse en tres momentos. Al comenzar, en los primeros dos versículos (versículos 1 a 2), la mirada se fija en el «Señor», en «su templo», en «su fuerte firmamento», en «sus obras magníficas», en «su grandeza». En un segundo momento --como si se tratara de un auténtico movimiento musical--, en la alabanza queda involucrada la orquesta del templo de Sión (cf. versículos 3-5b), que acompaña el canto y la danza sagrada. Al final, en el último versículo del Salmo (cf. v. 5c) aparece el universo, representado por «todo viviente» o, recalcando el original hebreo, «todo ser que alienta». La vida misma se hace alabanza, una alabanza que sube desde las criaturas hacia el Creador.

3. Nosotros, ahora, en nuestro primer encuentro con el Salmo 150, nos conformaremos con detenernos en el primer y último momento del himno. Sirven de marco para el segundo momento, corazón de la composición, y que examinaremos en el futuro, cuando la Liturgia de los Laudes vuelva a proponer este Salmo.

La primera sede en la que se desarrolla el canto musical y de oración es el «templo» (cfr v. 1). El original hebreo habla de área «sacra», pura y transcendente en la que habita Dios. Hace referencia, por tanto, al horizonte celeste y paradisíaco donde, como precisará el libro del Apocalipsis, se celebra la eterna y perfecta liturgia del Cordero (cf. por ejemplo Apocalipsis 5, 6-14). El misterio de Dios, en el que los santos son acogidos para participar en una comunión plena, es un ámbito de luz y de alegría, de revelación y de amor. No por casualidad, si bien con cierta libertad, la antigua traducción griega de los Setenta y la misma traducción latina de la Vulgata propusieron, en vez de «templo», la palabra «santos»: «Alabad al Señor entre sus santos».

4. Del cielo, el pensamiento pasa implícitamente a la tierra, subrayando las «obras

magníficas» de Dios, que manifiestan «su inmensa grandeza» (versículo 2). Estos prodigios son descritos en el Salmo 104, en donde se invita a los israelitas a «meditar en todos los prodigios» de Dios (v. 2), a recordar «las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca» (v. 5); el salmista recuerda entonces «la alianza sellada con Abraham» (v. 9), la extraordinaria historia de José, los prodigios de la liberación de Egipto y la travesía del desierto y, por último el don de la tierra. Otro Salmo habla de situaciones angustiosas de las que el Señor libera a quienes le «gritan»; las personas liberadas son invitadas repetidas veces a dar gracias por los prodigios realizados por Dios: «Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres» (Salmo 106, 8.15.21.31).

Se puede entender así, en nuestro Salmo, la referencia a las «obras fuertes», como dice el original hebreo, es decir, los «prodigios» poderosos (cf. v. 2), que Dios disemina en la historia de la salvación. La alabanza se convierte en profesión de fe en Dios Creador y Redentor, celebración festiva del amor divino, que se despliega creando y salvando, dando la vida y la liberación.

5. Llegamos así al último versículo del Salmo 150 (cf. versículo 5c). El término hebreo utilizado para indicar a los «vivos» que alaban a Dios hace referencia a la respiración, como antes decía, pero también a algo íntimo y profundo, innato en el hombre.

Si bien se puede pensar que toda la vida de lo creado es un himno de alabanza al Creador, es más preciso, sin embargo, considerar que una posición de primacía en este coro es reservada a la criatura humana. A través del ser humano, portavoz de toda la creación, todos los vivos alaban al Señor. Nuestra respiración de vida, que quiere decir también autoconciencia, conciencia y libertad (cf. Proverbios 20, 27), se convierte en canto y oración de toda la vida que palpita en el universo. Por ello, recitemos entre nosotros «salmos, himnos y cánticos inspirados; cantando y salmodiando al Señor» de todo corazón (Efesios 5, 19).

6. Al transcribir los versículos del Salmo 150, los manuscritos hebreos reproducen con frecuencia la «Menorah», el famoso candelabro de siete brazos, colocado en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén. Sugieren así una bella interpretación de este Salmo, que desde siempre ha sido un auténtico «Amén» a la oración de nuestros «hermanos mayores»: todo hombre, con todos los instrumentos que su ingenio ha inventado «trompetas, arpas, cítaras, tambores, danzas, trompas, flautas, platillos sonoros», como dice el Salmo, pero al mismo tiempo también «todo vivo» es invitado a arder como la «Menorah» frente al Santo de los Santos, en constante oración de alabanza y de acción de gracias.

Unidos con el Hijo, voz perfecta de todo el mundo por Él creado, convirtámonos también

nosotros en oración incesante ante el trono de Dios.

*[Traducción del original italiano en castellano realizada por Zenit.
Al final de la audiencia, el pontífice hizo esta síntesis en castellano]*

Queridos hermanos y hermanas:

La catequesis de hoy está dedicada al salmo 150, que pertenece a los Laudes del domingo de la segunda y cuarta semana. Por diez se repite la palabra "alabad", siendo una invitación a la alabanza divina sin interrupción.

El texto se divide en tres partes; en la primera, la mirada se dirige hacia el Señor, fijándose en su santuario, en su inmensa grandeza, en sus obras magníficas. En la segunda, se une a la alabanza la música del templo de Sión, para concluir en la última parte con la alabanza universal: "Todo ser que alienta alabe al Señor", convirtiendo así la vida en un canto de alabanza que las criaturas elevan a su Creador. Con este Salmo, unidos a Cristo, voz perfecta de todo el mundo creado por medio de Él, nos convertimos en oración incesante ante el trono de Dios.

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española presentes en esta audiencia. A todos os deseo un feliz y próspero Año 2002, apenas comenzado, augurando que a lo largo del mismo podáis alabar al Señor continuamente, como nos ha indicado el Salmo que hemos comentado hoy.

EL PAPA: LA EUCARISTÍA, CUMBRE DE LA UNIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Intervención durante la audiencia general de este miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, 11 oct (ZENIT.org).-

«Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen». Lo afirmó esta mañana Juan Pablo II durante la audiencia general de este miércoles, en la que continuó con su serie de meditaciones jubilares en torno al milagro más grande de todos los tiempos.

Ofrecemos a continuación las palabras pronunciadas por el Santo Padre.

1. «Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». Esta proclamación de alabanza trinitaria sella en toda celebración eucarística la oración del Canon. La Eucaristía, de hecho, es el perfecto «sacrificio de alabanza», la glorificación más elevada que surge de la tierra hacia el cielo, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana en la que [los hijos de Dios] ofrecen [al Padre] la víctima divina y se ofrecen a sí mismos con ella» («Lumen Gentium», n 11). En el Nuevo Testamento, la Carta a los Hebreos nos enseña que la liturgia cristiana es ofrecida por un «sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos», que elevó una vez para siempre el único sacrificio «ofreciéndose a sí mismo» (cf. Hebreos 7,26-27). «Ofrezcamos sin cesar --dice la Carta--, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre» (Hebreos 13, 15). Queremos evocar hoy brevemente los dos temas del sacrificio y de la alabanza que se encuentran en la Eucaristía, «sacrificium laudis»..

La Eucaristía, sacrificio de Cristo

2. En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: «Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre» (Mateo 26, 27-28). Pero el Cristo que está presente en la Eucaristía es el Cristo que ya ha sido glorificado, el que en el Vienés Santo se ofreció a sí mismo en la cruz. Algo que subrayó con las palabras que pronunció sobre el cáliz del vino: «ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mateo 26, 28; cf. Marcos 14, 24; Lucas 22, 20). Si se examinan estas palabras a la luz de su contexto bíblico, surgen dos referencias significativas. La primera es la locución «sangre derramada» que, como atestigua el lenguaje bíblico (cf. Génesis 9, 6), es sinónimo de muerte violenta. La segunda es la aclaración «por muchos» aludiendo a los destinatarios de la sangre derramada. La alusión nos remonta a un texto fundamental para la relectura cristiana de las Sagradas Escrituras, el cuarto canto de Isaías: con su sacrificio, «entregándose a sí mismo a la muerte», el Siervo del Señor «cargaba con el pecado de muchos» (Isaías 53, 12; Hebreos 9, 28; 1 Pedro 2, 24).

3. La misma dimensión de sacrificio y de redención de la Eucaristía se expresa con las palabras de Jesús sobre el pan en la Última Cena, tal y como son referidas por la tradición de Lucas y de Pablo: «Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros» (Lucas 22, 19; cf. 1 Corintios 11, 24). También en este caso, se hace referencia a la entrega en sacrificio del Siervo del Señor, según el pasaje ya evocado de Isaías (53, 12): «Se entregó a sí mismo a la muerte...; llevaba el pecado de muchos e intercedía por los pecadores». La Eucaristía es, por tanto, un sacrificio: sacrificio de la redención y, al mismo tiempo, de la nueva alianza, como creemos y como profesan claramente también las Iglesias de Oriente. «El sacrificio de hoy --afirmó hace siglos la Iglesia griega, en el Sínodo Constantinopolitano contra Sotérico de

1156-1157-- es como el que un día ofreció el unigénito Verbo Divino encarnado, se ofrece hoy como entonces, siendo un sólo y único sacrificio» (Carta apostólica «Dominicae Cena», n. 9).

4. La Eucaristía, como sacrificio de la nueva alianza, constituye un desarrollo y cumplimiento de la alianza celebrada en el Sinaí, cuando Moisés derramó la mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. Éxodo 24, 5-8). Esta «sangre de la alianza» unía íntimamente a Dios y al hombre en un lazo de solidaridad. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen. Es el cumplimiento de la «nueva alianza» que había predicho Jeremías (31, 31-34): un pacto en el espíritu y en el corazón que la Carta a los Hebreos destaca precisamente basándose en el oráculo del profeta, uniéndolo al sacrificio único y definitivo de Cristo (cf. Hebreos 10,14-17).

Eucaristía, sacrificio de alabanza

5. Llegados a este punto, podemos ilustrar otra afirmación: la Eucaristía es un sacrificio de alabanza. Esencialmente orientado a la comunión plena entre Dios y el hombre, «el sacrificio eucarístico es la fuente y el culmen de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. Los fieles participan con mayor plenitud en el sacrificio de acción de gracias, propiciación, de impetración y de alabanza no sólo cuando ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la víctima sagrada y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino también cuando reciben la misma víctima en el sacramento» (Sagrada Congregación para los Ritos, «Eucharisticum Mysterium», n. 3 e).

Como dice el término mismo en su etimología griega, la Eucaristía es «agradecimiento»; en ella el Hijo de Dios une a sí la humanidad redimida en un canto de acción de gracias y de alabanza. Recordamos que la palabra hebrea «todah», traducida como «alabanza», significa también «agradecimiento». El sacrificio de alabanza era un sacrificio de acción de gracias (cf. Salmo 50[49], 14. 23). En la Última Cena, para instituir la Eucaristía, Jesús dio gracias a su Padre (cf. Mateo 26, 26-27 y paralelos); este es el origen del nombre de este sacramento.

Unión entre Dios y el hombre

6. «En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo» (Catecismo de la Iglesia Católica 1359). Uniéndose al sacrificio de Cristo, la Iglesia en la Eucaristía da voz a la alabanza de toda la creación. A esto le debe corresponder el compromiso de cada fiel de ofrecer su existencia, su «cuerpo» --como dice Pablo-- «en sacrificio viviente, santo y grato a Dios» (Romanos 12, 1), en una comunión plena con Cristo. De este modo, una misma vida une Dios con el hombre, Cristo crucificado y resucitado por todos y el discípulo llamado a entregarse totalmente a Él.

El poeta francés Paul Claudel eleva un canto a esta comunión íntima de amor, poniendo en

boca de Cristo estas palabras: «Ven conmigo, donde yo estoy en ti mismo, / y te daré la llave de la existencia. Allí donde estoy, allí eternamente/ está el secreto de tu origen... / (...). ¿Acaso no son tus manos las mías? / Y tus pies, ¿no están clavados en la misma cruz? / ¡Yo he muerto, yo he resucitado de una vez para siempre! Nosotros estamos muy cerca el uno del otro / (...). ¿Cómo es posible separarte de mí/ sin que tú me rompas el corazón?» («La Messe là-bas»).

JUAN PABLO II: LA EUCARISTÍA, ABRAZO CULMINANTE ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Continúa las meditaciones sobre el milagro más grande del cristianismo

CIUDAD DEL VATICANO, 11 oct (ZENIT.org).- La unión plena con Dios es posible y se da en un misterioso sacramento: la Eucaristía. Este fue el tema de la intervención de Juan Pablo II en la audiencia general que ofreció esta mañana.

Al encontrarse con 38 mil peregrinos de todos los continentes (había representaciones de Albania, Uganda y Vietnam), el pontífice continuó con la serie de meditaciones que ha emprendido en esta segunda parte del Jubileo del año 2000 sobre el milagro más grande del cristianismo: la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Un misterio, que sólo se puede comprender con los ojos del amor. «En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo», dijo el Papa recordando un sugerente pasaje del Catecismo de la Iglesia Católica. De este modo, «una misma vida une Dios con el hombre, Cristo crucificado y resucitado por todos y el discípulo llamado a entregarse totalmente a Él». En definitiva: el abrazo místico al que han aspirado todos los grandes buscadores de Dios.

El tema no era fácil. El pontífice alternó citas de la Escritura, referencias teológicas y pinceladas místicas. Para explicarse, el Santo Padre citó unos versos del poeta y dramaturgo francés Paul Claudel (1868-1955), quien supo describir de manera genial este abrazo entre Dios y el hombre, poniendo en boca de Cristo estas palabras: «Ven conmigo, donde yo estoy en ti mismo, / y te daré la llave de la existencia. Allí donde estoy, allí eternamente/ está el secreto de tu origen... / (...). ¿Acaso no son tus manos las mías? / Y tus pies, ¿no están clavados en la misma cruz? / ¡Yo he muerto, yo he resucitado de una vez para siempre! Nosotros estamos muy cerca el uno del otro / (...). ¿Cómo es posible separarte de mí/ sin que tú me rompas el corazón?».

Pero, ¿cómo es posible algo así? ¿Qué lógica explica esta locura de amor de Dios por el hombre que le ha llevado a unirse con él a través del sacrificio de su hijo? Juan Pablo II explicó precisamente que no se puede entender nada sin comprender el misterio de Jesús.

De hecho, recordó, «En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: "Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre"»

Para tratar de hacer comprender lo que realmente es incomprensible, el pontífice se remontó al Antiguo Testamento, y más en concreto al pasaje de Isaías en el que se habla del Siervo del Señor que: con su sacrificio, «entregándose a sí mismo a la muerte», «cargó con el pecado de muchos».

De este modo, con el sacrificio de su Hijo, como recordó hoy el Papa, Dios hizo una nueva alianza con el hombre. La Biblia, al evocar la epopeya de Moisés, recuerda la alianza que hizo Dios con su pueblo, cuando el profeta derramó la mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. Éxodo 24, 5-8). «Esta "sangre de la alianza" unía íntimamente a Dios y al hombre en un lazo de solidaridad --explicó Juan Pablo II--. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen. Es el cumplimiento de la "nueva alianza" que había predicho Jeremías: un pacto en el espíritu y en el corazón».

Por eso, añadió, «los fieles participan con mayor plenitud en el sacrificio de acción de gracias, propiciación, de impetración y de alabanza no sólo cuando ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la víctima sagrada y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino también cuando reciben la misma víctima en el sacramento». En definitiva: el abrazo culminante con Dios.

Juan Pablo II: LA SENDA DE LA SANTIDAD VA CONTRA CORRIENTE

Intervención con motivo del «Angelus», 1 de noviembre

CIUDAD DEL VATICANO, 4 noviembre 2001 (ZENIT.org).- La santidad consiste en vivir «contra corriente» las bienaventuranzas, explicó Juan Pablo II el pasado 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, en la intervención que dirigió los miles de peregrinos congregados en la plaza de San Pedro con motivo del «Angelus».

Asimismo, el obispo de Roma reveló que en la tarde de ese mismo día descendería a las grutas vaticanas, donde se encuentran enterrados muchos de sus predecesores, para rezar por «las numerosas víctimas de la violencia, sobre todo de estos últimos tiempos», en especial por

«cuantos sacrificaron su vida por permanecer fieles a Cristo hasta el fin».

Publicamos las palabras pronunciadas por el Santo Padre.

* * *

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy la solemnidad de Todos los Santos. En la luz de Dios recordamos a todos los que han dado testimonio de Cristo durante su vida terrena, esforzándose por poner en práctica sus enseñanzas. Nos alegramos con estos hermanos y hermanas nuestros que nos han precedido, recorriendo nuestro mismo camino, y que ahora, en la gloria del cielo, gozan del premio merecido.

«Contra corriente»

Estos son los que, según la expresión del Apocalipsis, «vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (Ap 7, 14). Han sabido ir contra corriente, acogiendo el «sermón de la montaña» como norma inspiradora de su vida: pobreza de espíritu y sencillez de vida; mansedumbre y no violencia; arrepentimiento de los pecados propios y expiación de los ajenos; hambre y sed de justicia; misericordia y compasión; pureza de corazón; compromiso en favor de la paz; y sacrificio por la justicia (cf. Mt 5, 3-10).

Todo cristiano está llamado a la santidad, es decir, a vivir las bienaventuranzas. Como ejemplo para todos, la Iglesia indica a los hermanos y hermanas que se han distinguido en las virtudes y han sido instrumentos de la gracia divina. Hoy los celebramos a todos juntos, para que con su ayuda crezcamos en el amor a Dios y seamos «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5, 13-14).

Fieles difuntos

2. La comunión de los santos supera el umbral de la muerte. Es una comunión que tiene su centro en Dios, el Dios de los vivos (cf. Mt 22, 32). «Dichosos los muertos que mueren en el Señor» (Ap 14, 13), leemos en el libro del Apocalipsis. Precisamente la fiesta de Todos los Santos ilumina el significado de la conmemoración de Todos los fieles difuntos, que celebraremos mañana. Esta es una jornada de oración y de profunda reflexión sobre el misterio de la vida y la muerte. «Dios no hizo la muerte» --afirma la Escritura--, sino que «todo lo creó para que subsistiera» (Sb 1, 13-14). «La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sb 2, 24).

El Evangelio revela cómo Jesucristo tenía un poder absoluto sobre la muerte física, que consideraba casi como un sueño (cf. Mt 9, 24-25; Lc 7, 14-15; Jn 11, 11). Jesús sugiere que hay que tener miedo de otra muerte: la del alma, que a causa del pecado pierde la vida divina de la gracia, quedando excluida definitivamente de la vida y de la felicidad.

3. Por el contrario, Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tm 2, 4). Por eso envió a la tierra a su Hijo (cf. Jn 3, 16), para que todos los hombres tengan vida «en abundancia» (cf. Jn 10, 10). El Padre celestial no se resigna a perder a ninguno de sus hijos, sino que quiere que todos estén con él, y sean santos e inmaculados en el amor (cf. Ef 1, 4).

Santos e inmaculados como la Virgen María, modelo eminente de la humanidad nueva. Su felicidad es plena, en la gloria de Dios. En ella resplandece la meta a la que todos tendemos. A ella le encomendamos a nuestros hermanos difuntos, en espera de encontrarnos con ellos, en la casa del Padre.

[Después del rezo del Angelus, el Santo Padre pronunció las siguientes palabras:]

Víctimas de la violencia

Esta tarde bajaré a la cripta vaticana para orar ante las tumbas de mis predecesores, que están enterrados allí. Iré espiritualmente en peregrinación a todos los cementerios del mundo, donde reposan los que nos precedieron en el signo de la fe y esperan el día de la resurrección.

En particular, elevaré mi oración de sufragio por las numerosas víctimas de la violencia, sobre todo de estos últimos tiempos, y recordaré también, de modo especial, a cuantos sacrificaron su vida por permanecer fieles a Cristo hasta el fin. A la oración por ellos se une la invocación al Señor para que conceda consuelo y alivio a cuantos sufren por la trágica muerte de sus seres queridos. Que la bendición de Dios descienda sobre todos.

[Traducción del original italiano realizada por «L'Osservatore Romano»]

LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA, DON DEL ESPÍRITU A LA IGLESIA, SEGÚN EL PAPA

Celebra los treinta años de su implantación en Italia

CIUDAD DEL VATICANO, 14 marzo 2002 (ZENIT.org).- Juan Pablo II celebró este jueves los treinta años del nacimiento de la Renovación Carismática en Italia recibiendo a una delegación de miembros de este movimiento eclesial esparcido por todo el mundo.

«¡Sí! --exclamó con entusiasmo el Papa al dar la bienvenida a los «carismáticos», como comúnmente son conocidos--. La Renovación en el Espíritu puede ser considerada como un

don especial del Espíritu Santo a la Iglesia en nuestro tiempo».

La Renovación en el Espíritu Santo cuenta en Italia con más de 200 mil miembros, distribuidos en 1.800 comunidades o grupos de oración. Según cálculos citados este jueves por Radio Vaticano, reagrupa en el mundo al menos a 80 millones de católicos.

El Santo Padre agradeció en particular el espíritu con el que crece la Renovación en Italia, caracterizado por «la colaboración con la Jerarquía y con los responsables de los demás movimientos, asociaciones y comunidades».

«Nacido en la Iglesia y para la Iglesia --constató--, en vuestro movimiento se experimenta a la luz del Evangelio el encuentro vivo con Jesús, la fidelidad a Dios en la oración personal y comunitaria, la escucha confiada en la Palabra, el descubrimiento vital de los Sacramentos, así como la valentía en las pruebas y la esperanza en las tribulaciones».

El obispo de Roma añadió que «el amor a la Iglesia y la adhesión a su Magisterio, en un camino de maduración eclesial apoyado por una sólida formación permanente, son signos elocuentes de vuestro compromiso por evitar el riesgo de quedarse, sin querer, en una experiencia meramente emocional de lo divino».

Este riesgo, siguió explicando, se puede apreciar «en una búsqueda exagerada de lo "extraordinario", y en un repliegue intimista que rehuye del compromiso apostólico».

Al final del encuentro, el Papa bendijo tres proyectos lanzados por la Renovación Carismática en Italia.

El primero es el apoyo a la implantación de la Iglesia en Moldavia, en colaboración con la Fundación «Regina Pacis» de la arquidiócesis italiana de Lecce. Esta institución, entre otras cosas, ha liberado de la esclavitud de la prostitución en la que habían sido confinadas cientos de jóvenes moldavas en Italia.

El segundo proyecto impulsado por el pontífice es la animación espiritual realizada por miembros de la Renovación Carismática de santuarios marianos, «lugares privilegiados del Espíritu», reconoció, «que os da la oportunidad de ofrecer a los peregrinos caminos para profundizar en la fe y en la reflexión espiritual».

Por último, alentó el proyecto de la «Zarza ardiente» (Cf. Zenit, 7 de mayo de 2001), una invitación a la adoración incesante, día y noche. La iniciativa pretende que los cristianos «regresen al Cenáculo» para alcanzar la plena unidad y la conversión de los pecadores.

EL PAPA A CARISMÁTICOS: SE NECESITAN COMUNICADORES DE LA BELLEZA DEL EVANGELIO

Envía un mensaje a 25.000 participantes del XXVII Congreso Nacional en Rímini

RÍMINI, viernes, 30 abril 2004 (ZENIT.org).- Juan Pablo II ha querido transmitir la necesidad actual de hombres y mujeres «que sepan comunicar la fascinación del Evangelio» en un mensaje enviado al Congreso anual de la «Renovación en el Espíritu» de Italia (RnS, por sus siglas en italiano), que reúne en la ciudad de Rímini hasta el próximo domingo a 25.000

participantes.

El «Rinnovamento nello Spirito Santo» (RnS) o «Renovación Carismática Católica» (RCC) surgió en 1967 cuando algunos estudiantes de la Universidad de Duquesne (Pittsburgh, Pennsylvania – EE. UU.) participaron en un retiro durante el cual experimentaron la efusión del Espíritu Santo y la manifestación de algunos dones carismáticos.

Desde entonces, la RCC se ha difundido rápidamente por todo el mundo y desde 1970 está presente en Italia. Actualmente más de 100 millones de católicos participan de su espiritualidad en 200 países. Tiene un Consejo Internacional (ICCRS – International Catholic Charismatic Renewal Services) reconocido por el Consejo Pontificio para los Laicos.

En cuanto al RnS italiano, está formado por 1.800 grupos y comunidades presentes en todas las diócesis del país, donde 250.000 personas participan de su espiritualidad. Este año, el congreso anual en Rímini –una gran reunión de oración y evangelización-- se transmite vía satélite a todo el mundo.

«He aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva; habrá gozo por siempre por lo que yo voy a crear» (Cf. Is 65, 17-18) es un lema –escogido para esta XXVII edición-- «que ayuda a contemplar el gran misterio del gozo cristiano», reconoce el Papa en su mensaje, enviado a través del obispo de Rímini, monseñor Mariano de Nicolò.

«Deseo de corazón –dice a los participantes-- que la Renovación en el Espíritu Santo suscite cada vez más en la Iglesia la conversión interior sin la cual difícilmente el hombre puede resistir las seducciones de la carne y las concupiscencias del mundo».

Y es que «nuestro tiempo --reconoce-- tiene una gran necesidad de hombres y mujeres que, como rayos de luz, sepan comunicar la fascinación del Evangelio y la belleza de la vida nueva en el Espíritu».

«Con la fuerza arrolladora de la oración de alabanza y la gracia que brota de la vida sacramental --recuerda--, el Espíritu dona incesantemente sus carismas a la Comunidad eclesial, para que sea constantemente enriquecida y edificada».

Pero advierte que al Evangelio de Cristo «hay que corresponder con la audacia de la fe, que es madre de todos los milagros de amor, con la firme confianza que nos hace rogar a Dios todo bien para la salvación de nuestras almas».

«Cada uno, por lo tanto, como verdadero discípulo de Jesús, debe aplicarse sin descanso a seguir sus enseñanzas, haciendo del propio camino de renovación espiritual una permanente escuela de conversión y de santidad», exhorta Juan Pablo II.

«Ser testigos de las “razones del Espíritu”: ésta es vuestra misión, queridos miembros de la Renovación en el Espíritu Santo –constata el Papa--, en una sociedad donde a menudo la razón humana no parece impregnada de la sabiduría que viene de lo Alto».

«Poned en el ánimo de los creyentes que participan en las actividades de vuestros grupos y de vuestras comunidades una semilla de fecunda esperanza en la cotidiana dedicación de cada uno a los propios deberes», pide finalmente el Papa en el mensaje que leyó a toda la asamblea monseñor Dino Foglio, asesor espiritual nacional del RnS.

El cardenal Giovanni Battista Re –prefecto de la Congregación vaticana para los Obispos--, el cardenal Francis Arinze –prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos-- y el padre Raniero Cantalamessa –predicador de la Casa Pontificia— figuran entre los invitados al Congreso anual del RnS italiano.

PREDICADOR DEL PAPA: NO HAY QUE TENER MIEDO A LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Entrevista con el padre Raniero Cantalamessa

CASTEL GANDOLFO, 25 septiembre 2003 (ZENIT.org).- Lejos de ser una realidad que haya que observar con «prevención», la experiencia del bautismo en el Espíritu hace de la Renovación Carismática Católica un formidable medio querido por Dios para revitalizar la vida cristiana, constató este jueves el padre Raniero Cantalamessa, predicador oficial de la Casa Pontificia.

El 18 de febrero de 1967, treinta estudiantes y profesores de la universidad de Duquesne (Pensylvania, Estados Unidos), hicieron un retiro espiritual para profundizar en la fuerza del Espíritu dentro de la Iglesia primitiva. La llamada tuvo una respuesta sorprendente extendiéndose por los cinco continentes.

Reconocida por el Consejo Pontificio para los Laicos, actualmente más de cien millones de católicos han vivido esta experiencia, según confirma Alan Panozza, presidente de los «Servicios Internacionales de la Renovación Carismática Católica» (ICCRS, por sus siglas en inglés), con sede en el Vaticano.

Hoy, después de 35 años, la Renovación está presente en más de doscientos países.

Considerando a los fieles de las Iglesias protestantes, evangélicas y pentecostales, y algunos de la Iglesia ortodoxa, se estima que en total los cristianos que han tenido esta experiencia carismática suman alrededor de 600 millones en el mundo.

Más de 1.000 delegados de la Renovación Carismática Católica procedentes de 73 países se

reunieron en la localidad italiana de Castel Gandolfo en torno al tema de la santidad --a la luz de la Encíclica de Juan Pablo II «Novo Millennio Ineunte»-- del 20 al 25 de septiembre en un retiro cuya predicación se encomendó al padre Cantalamessa, ofm cap.

El cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, y el obispo Stanislaw Rylko, secretario de dicho organismo vaticano, estuvieron entre los invitados a la cita internacional convocada por el ICCRS.

Por su testimonio de primera mano en la experiencia «carismática», Zenit entrevistó al padre Raniero Cantalamessa momentos antes de la conclusión del encuentro.

--En la Iglesia hay fieles que consideran que el «bautismo en el Espíritu» es una invención de los carismáticos. Incluso que le han puesto nombre a una vivencia, pero que no está «catalogada» en la Iglesia. ¿Podría explicar, desde su propia experiencia, qué es el bautismo en el Espíritu?

--P. Raniero Cantalamessa: El bautismo en el Espíritu no es una invención humana, es una invención divina. Es una renovación del bautismo y de toda la vida cristiana, de todos los sacramentos. Para mí fue también una renovación de mi profesión religiosa, de mi confirmación, de mi ordenación sacerdotal. Todo el organismo espiritual se reaviva como cuando el viento sopla sobre una llama. ¿Por qué el Señor ha decidido actuar en este tiempo de esta manera tan fuerte? No lo sabemos. Es la gracia de un nuevo pentecostés.

No es que la Renovación Carismática haya inventado el bautismo en el Espíritu. De hecho, muchos lo han recibido sin saber nada de la Renovación Carismática. Es una gracia; depende del Espíritu Santo. Es una venida del Espíritu Santo que se traduce en arrepentimiento de los pecados, que hace ver la vida de una manera nueva, que revela a Jesús como el Señor viviente --no como un personaje del pasado-- y la Biblia se convierte en una palabra viva. Eso la verdad es que no se puede explicar.

Hay una relación con el bautismo, porque el Señor dice que quien cree será bautizado y será salvado. Nosotros hemos recibido el bautismo de niños y la Iglesia ha pronunciado nuestro acto de fe; pero llega el momento en que nosotros tenemos que ratificar lo que ha sucedido en el bautismo. Esta es una ocasión para hacerlo, no como un esfuerzo personal, sino bajo la acción del Espíritu Santo.

No se puede afirmar que cientos de millones de personas estén equivocadas. Yves Congar, este gran teólogo que no pertenecía a la Renovación Carismática, en su libro sobre el Espíritu Santo afirmaba que la realidad es que esta experiencia ha cambiado profundamente la vida de muchos cristianos. Y es un hecho. La ha cambiado y ha iniciado caminos de santidad.

--¿Cómo vive usted su ministerio como predicador de la Casa Pontificia desde su experiencia en la Renovación Carismática?

--P. Raniero Cantalamessa: Para mí todo lo que ha pasado desde 1977 es un fruto de mi bautismo en el Espíritu. Era profesor en la Universidad. Me dedicaba a la investigación científica en la historia de los orígenes cristianos. Y cuando acepté no sin resistencia esta experiencia, después tuve la llamada a dejarlo todo y a ponerme a disposición de la predicación, y también el nombramiento como predicador de la Casa Pontificia llegó después de que hubiera experimentado esta «resurrección». Lo veo como una gran gracia. Después de mi vocación religiosa, la Renovación Carismática ha sido la gracia más señalada de mi vida.

--Desde su punto de vista, ¿tienen los miembros de la Renovación Carismática una

vocación específica dentro de la Iglesia?

--P. Raniero Cantalamessa: Sí y no. La Renovación Carismática, tenemos que decirlo y repetirlo, no es un movimiento eclesial. Es una corriente de gracia que está destinada a transformar toda la Iglesia: la predicación, la liturgia, la oración personal, la vida cristiana. Así que no es una espiritualidad propia. Los movimientos tienen una espiritualidad y acentúan un aspecto, por ejemplo la caridad. Ante todo, la Renovación Carismática no tiene fundador; ninguno piensa en atribuir a la Renovación Carismática un fundador porque es algo que ha empezado en muchos lugares de diferentes maneras. Y no tiene una espiritualidad; es la vida cristiana vivida en el Espíritu.

Pero se puede decir que como la gente que ha vivido esta experiencia constituye socialmente una realidad --son personas que hacen determinados gestos, oran de cierta manera- entonces se puede identificar una realidad social cuyo papel es simplemente el de ponerse a disposición para que otros puedan tener la misma experiencia, y después desaparecer. El cardenal Leo Jozef Suenens, que fue el gran protector y partidario de la Renovación Carismática en los comienzos, decía que el destino final de la Renovación Carismática podría ser el de desaparecer cuando esta corriente de gracia haya contagiado a toda la Iglesia.

--A punto de concluir la predicación de un retiro al que han acudido mil delegados carismáticos de todo el mundo, ¿qué mensaje le gustaría lanzar al creyente que desconoce la Renovación?

--P. Raniero Cantalamessa: Quiero decir a los fieles, a los obispos, a los sacerdotes, que no tengan miedo. Desconozco porqué hay miedo. Tal vez en alguna medida porque esta experiencia comenzó entre otras confesiones cristianas, como pentecostales y protestantes. Sin embargo, el Papa no tiene miedo. Ha hablado de los movimientos eclesiales, incluso de la Renovación Carismática, como de signos de una nueva primavera de la Iglesia, y muy a menudo hace hincapié en la importancia de esto. Y Pablo VI afirmó que era una oportunidad para la Iglesia.

No hay que tener miedo. Hay Conferencias Episcopales, por ejemplo en América Latina --es el caso de Brasil--, donde la jerarquía ha descubierto que la Renovación Carismática no es un problema: es parte de la solución al problema de los católicos que se alejan de la Iglesia porque no encuentran en ella una palabra viva, la Biblia vivida, una posibilidad de expresar la fe de manera gozosa, de forma libre, y la Renovación Carismática es un medio formidable que el Señor ha puesto en la Iglesia para que se pueda vivir una experiencia del Espíritu, pentecostal, en la Iglesia católica, sin necesidad de salir de ella.

Tampoco hay que considerar que se trata de una «isla» en la que se reúnen algunas personas que son un poco emocionales. No es una isla. Es una gracia destinada a todos los bautizados. Los signos externos pueden ser diferentes, pero en su esencia es una experiencia destinada a todos los bautizados.

PREDICADOR DEL PAPA: RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA, «GOZOSA EXPERIENCIA DE LA GRACIA DE DIOS»

Entrevista con el padre Raniero Cantalamessa, OFM Cap.

ROMA, martes, 13 junio 2006 (ZENIT.org).- En la base de la Renovación Carismática Católica (RCC) hay «una gozosa experiencia de la gracia de Dios», que impulsa al fiel a extraer la riqueza del cristianismo no «por constricción o por fuerza, sino por atracción» constata el predicador de la Casa Pontificia

El padre Raniero Cantalamessa, OFM Cap., pronunció estas palabras el pasado Pentecostés en la localidad romana de Marino, donde más de siete mil miembros de la RCC de todo el mundo se dieron cita en un encuentro con el lema «Proclama mi alma la grandeza del Señor».

Organizado por el ICCRS («Servicios de la Renovación Carismática Católica Internacional», www.iccrs.org) en el marco de algunos eventos en preparación de los 40 años de la RCC -- que se celebrarán en febrero de 2007--, el encuentro tuvo por objeto celebrar la obra realizada diariamente por el Señor a través del Espíritu Santo.

Al tomar la palabra, el padre Cantalamessa explicó que, en la Biblia, el Espíritu Santo tiene dos modos de revelarse y actuar.

Hay una manera --que llamamos «carismática»-- que consiste en que «el Espíritu Santo dispensa dones particulares» no para el «progreso espiritual» o como «premio de santidad» para quien los recibe, sino para «edificar la comunidad», afirmó.

Y hay un modo de actuar del Espíritu que llamamos «transformante o santificante» -- prosiguió--, es decir, «en función de la transformación de la persona», de manera que quien tiene la experiencia sale de ella regenerado y revestido de «una vida nueva».

«Esta acción transformadora del Espíritu es una experiencia, no una idea de la gracia», explicó.

El predicador del Papa expresó que «estos dos modos de actuar del Espíritu Santo que hemos visto en toda la Biblia y en el día de Pentecostés, en nuestro tiempo se han manifestado de modo espectacular en la Renovación Carismática».

De este modo --añadió--, la Renovación Carismática ha hecho «emerger de nuevo en la Iglesia los carismas pentecostales que se habían perdido» y ha sido casi «la respuesta de Dios a la oración de Juan XXIII por un nuevo Pentecostés», elevada por el pontífice al inicio del Concilio Vaticano II.

Entrevistado por Zenit durante el encuentro, el padre Cantalamessa relató su experiencia

personal en la RCC y la contribución que esta «corriente de gracia», junto a los movimientos eclesiales, puede dar a la Iglesia y a la sociedad.

--En el Evangelio de Juan, Jesús responde a las preguntas de Nicodemo afirmando que «el Espíritu sopla donde quiere» (Jn 3, 8). En su opinión, ¿es posible interpretar en qué dirección está soplando el Espíritu Santo en su continua irrupción en la historia?

--P. Cantalamessa: En la homilía de la Vigilia de Pentecostés, el Papa dijo algo muy hermoso comentando estas palabras del Evangelio de Juan. Dijo, sí, que el Espíritu «sopla donde quiere», pero aclaró que no sopla nunca de manera desordenada, contradictoria. Por lo tanto, tenemos detrás toda la tradición de la Iglesia, la doctrina de los doctores, el magisterio de la Iglesia para discernir qué carismas son válidos y cuáles no. Puede ser que al inicio haya algunos carismas que hagan mucho ruido, atraigan mucho la atención, pero que luego con el tiempo se revelan en cambio no fundados. La Iglesia es como el agua: recibe todos los cuerpos, pero a los verdaderos, los sólidos, los acoge dentro, mientras que a los otros los deja en la superficie. Los carismas que están vacíos, que son sólo manifestación exterior, se quedan en el exterior de la Iglesia.

--En el contexto actual, ¿cree que los movimientos eclesiales están llamados más bien a un renovado impulso evangelizador, a ser puntas avanzadas del diálogo ecuménico, o a combatir la secularización o la crisis de las familias? ¿Qué aportación pueden dar a la Iglesia?

--P. Cantalamessa: Estoy convencido, como también el Papa ha dicho que está convencido, de que los movimientos son una gracia de la Iglesia de hoy. Una respuesta adecuada al mundo de hoy, al mundo secularizado y a un mundo al que los sacerdotes y la jerarquía no llegan ya, y que necesita por tanto de los laicos. Estos movimientos laicales están integrados en la sociedad, viven junto a los demás. Pienso, por tanto, que tienen una tarea extraordinaria que gracias a Dios no es una utopía para el futuro, sino algo que vivimos ante nuestros ojos, porque los movimientos eclesiales son, sí, las puntas avanzadas de la evangelización, están en las obras de caridad, además de animar un amplio abanico de actividades. Estos movimientos dan a los cristianos una motivación nueva y permiten redescubrir la belleza de la vida cristiana y por tanto les disponen para asumir tareas de evangelización, de animación pastoral de la Iglesia.

--Brevemente, ¿cómo se acercó usted a la Renovación?

--P. Cantalamessa: No me acerqué, Alguien me tomó y me llevó dentro. Cuando oraba con los

Salmos parecían escritos para mí desde antes. Luego, cuando desde *Convent Station*, en Nueva Jersey, fui al convento de los capuchinos de Washington, me sentía atraído a la Iglesia como por un imán y éste era un descubrimiento de la oración y era una oración trinitaria. El Padre parecía impaciente por hablarme de Jesús y Jesús quería revelarme al Padre. Creo que el Señor me hizo aceptar después de mucha resistencia la efusión, el bautismo en el Espíritu, y luego vinieron muchas cosas con el tiempo. Enseñaba Historia de los Orígenes Cristianos en la Universidad Católica de Milán; luego empecé a predicar hasta 1980, cuando me convertí en predicador de la Casa Pontificia.

--En el panorama de tantos y diversos movimientos eclesiales, ¿cuál es la aportación especial que puede dar a la Iglesia la Renovación Carismática Católica?

--P. Cantalamessa: En cierto sentido, somos muy humildes y discretos: no tenemos poder, no tenemos grandes estructuras, no tenemos fundadores, pero la Renovación Carismática Católica es la que, por ejemplo, entre todos los movimientos eclesiales, está más interesada en la teología. En la Renovación Carismática hay, en efecto, un interrogante sobre el Espíritu Santo. De hecho, todos los grandes tratados de teólogos sobre el Espíritu Santo hablan de la Renovación porque no es sencillamente una espiritualidad más junto a las otras, sino que es un nuevo surgimiento de un cristianismo originario que era el de los Apóstoles. Y creo que su objetivo no es tanto sectorial cuanto de animación de la Iglesia. La Renovación no debería llevar a constituir grupos, iglesias. ¡Ay si fuera así! Debería ser, como decía el cardenal Leo Jozef Suenens, una corriente de gracia que se pierde en la masa de la Iglesia.

© Innovative Media, Inc.

La reproducción de los servicios de Zenit requiere el permiso expreso del editor.

HACER CONOCER Y AMAR AL ESPÍRITU SANTO, MISIÓN DE LOS CARISMÁTICOS

Entrevista con el coordinador de la «Renovación en el Espíritu» en Italia, Salvatore Martinez

ROMA, lunes, 31 mayo 2004 (ZENIT.org).- Ayudar a que tome forma la «cultura de Pentecostés», que es capaz de hacer fecundar la civilización del amor, es misión de los carismáticos en el mundo --según Juan Pablo II--, explica Salvatore Martinez --coordinador en Italia del «Rinnovamento nello Spirito» ([RnS](#)) o «Renovación en el Espíritu»-- en esta entrevista concedida a Zenit.

En Italia, más de 200.000 personas en unas 1.800 comunidades y grupos de oración participan de la espiritualidad del RnS, una de las expresiones de la Renovación Carismática Católica (RCC).

La RCC surgió en 1967 cuando algunos estudiantes de la Universidad de Duquesne (Pittsburgh, Pennsylvania – EE. UU.) participaron en un retiro durante el cual experimentaron la efusión del Espíritu Santo y la manifestación de algunos dones carismáticos. Desde entonces, la RCC se ha difundido rápidamente por todo el mundo.

Actualmente más de 100 millones de católicos participan de la espiritualidad de la RCC en 200 países. Tiene un Consejo Internacional ([ICCRS](#) – International Catholic Charismatic Renewal Services) reconocido por el Consejo Pontificio para los Laicos.

El sábado pasado, Juan Pablo II, en la vigilia de Pentecostés que presidió en la Plaza de San Pedro en el Vaticano, alentó el proyecto «Zarza ardiente» promovido por el RnS.

--¿Qué representa Pentecostés para la «Renovación en el Espíritu»?

--Salvatore Martinez: La «Renovación en el Espíritu» quiere ser un signo elocuente del prodigio inagotable de Pentecostés y del florecimiento de la fe en los carismas del Espíritu, una «admonición» para que la Iglesia redescubra la estructura fisiológica de la existencia cristiana, que es, por su naturaleza, una existencia en el Espíritu Santo.

La «Renovación en el Espíritu», desde que surge, parece como una concesión de las audaces esperanzas proféticas formuladas por Juan XXIII, desde la apertura del Concilio Vaticano II. Hay dos etapas relevantes: en un primer momento la afirmación de la «corriente de gracia», de una espiritualidad apoyada por la experiencia comunitaria de los carismas, imagen de una Iglesia que ama estar «en el Cenáculo» para «hablar del mundo a Dios» y «fuera del Cenáculo» para «hablar del mundo a Dios»; progresivamente, la afirmación de la noción de «movimiento eclesial», en un creciente compromiso apostólico, de comunión con los pastores, de formación permanente que hace manifiesta la vida nueva en el Espíritu en los

«ministerios laicales carismáticos» activados en la Iglesia y en el mundo.

--¿Qué es el «Espíritu» para ustedes?

--Salvatore Martinez: Sin el Espíritu la evangelización es como un río que se estanca, la caridad un fuego sin calor, la Palabra algo indeclinable, la Eucaristía un misterio impenetrable, el otro nunca será prójimo, el mundo un infierno, el paraíso una realidad olvidada, la Iglesia una madre sin amor.

En mi experiencia personal he visto a miles de pecadores volver a Dios, enfermos en el cuerpo y en el espíritu recobrar la salud, hombre y mujeres que habían perdido su dignidad humana y peregrinaban sin esperanza entre mil pobrezaes reencontrar el gozo de vivir y de llamarse «hijos, hijas de Dios».

Esto y mucho más aún hace el Espíritu en quien se hace dócil a Su Poder, según las promesas de Jesús. Este poder se manifestó en la vida de los apóstoles y se manifiesta en la vida de todo creyente por libre, imprevisible iniciativa del Espíritu: he aquí por qué hablamos de «efusión pentecostal, carismática del Espíritu» junto a las efusiones del Espíritu «programadas» y eficaces en los sacramentos de la vida cristiana.

--Decenas de millones de personas participan de la espiritualidad de la «Renovación en el Espíritu». ¿De qué forma piensan ustedes comunicar y testimoniar el Espíritu de Dios entre la gente? ¿Qué proyecto de vida proponen?

--Salvatore Martinez: La efusión del Espíritu representa la experiencia fundamental de la específica espiritualidad carismática de la «Renovación en el Espíritu»; es el «carisma desencadenante»; la experiencia específica de la «Renovación en el Espíritu». Juan Pablo II la define: «causa de una experiencia cada vez más profunda de la presencia de Cristo».

La efusión del Espíritu actualiza y reactiva nuestro bautismo «desaprisionando» al Espíritu Santo. Es una llamada a la conversión permanente, como en el día del descendimiento pentecostal del Espíritu en Jerusalén; es un nuevo conocimiento del señorío de Jesús en nuestra vida, aquel Jesús que es Señor y sólo mediante el Espíritu puede ser amado, adorado, anunciado, testimoniado, compartido.

A Pablo VI debemos el primer, convencido, inmediato y «profético» reconocimiento del papel de la «Renovación en el Espíritu» en la Iglesia y en el mundo. Él decía en 1975: «La Renovación debe rejuvenecer el mundo, debe darle una espiritualidad, un alma, Será una

oportunidad para la Iglesia si gritáis al mundo la gloria del Dios de Pentecostés».

Estamos agradecidos a Juan Pablo II por haber impulsado a la «Renovación en el Espíritu» a convertirse –como nos dijo desde la primera audiencia en 1980— en «esperanza para el mundo», una vanguardia de testigos de la «nueva evangelización» en la docilidad al Espíritu.

La incidencia del pontificado de Juan Pablo II, sus continuos apremios en nuestra dirección, han sido el impulso más audaz a la maduración eclesial de la «Renovación en el Espíritu». Desde 1998, además, recibimos anualmente una carta autógrafa del Sumo Pontífice con ocasión del mayor evento que organizamos nosotros en Rímini: un congreso ecuménico en el que intervienen una media de veinticinco mil personas, muchos cardenales y obispos, más de seiscientos sacerdotes y religiosos, cinco mil núcleos familiares, más de seiscientos voluntarios y un ministerio de animación formado por más de ciento veinte personas entre cantantes e instrumentistas.

--¿Basta con confiarse al Señor para vivir más humanamente?

--Salvatore Martinez: Miles de bautizados no tienen experiencia de la presencia y de la acción del Espíritu Santo en su vida. El Espíritu nos ha sido dejado por Jesús como Paráclito –esto es, «Aquel que está llamado a permanecer al lado»--, pero muchos cristianos no sólo no se valen de Su amable compañía, sino que incluso no Lo invocan, no Lo buscan, no confían a Él la dirección de su vida.

Resulta hasta demasiado evidente, mientras, encontrar las «señales» de la «ausencia» del Espíritu Santo: la desintegración de la vida familiar, la caída de las vocaciones, la indiferencia hacia tantas pobreza de nuestro tiempo, el debilitamiento del testimonio de los cristianos.

Quien se abre al Espíritu y mediante al oración redescubre la primacía de la vida interior y la belleza de la intimidad con Dios, ve sus propias «aspiraciones naturales» transformarse en esperanza; las interpretaciones humanas y racionales de la realidad reavivarse en la fe; el amor humano regenerarse en caridad; la búsqueda humana de justicia sublimarse en el compromiso a edificar el Reino de Dios en la tierra.

--¿Qué papel desempeña la oración en la propuesta espiritual de ustedes?

--Salvatore Martinez: La experiencia de la oración de alabanza y de intercesión hechas «en el

Espíritu» es dimensión central de Pentecostés, como ya en 1964 afirmaba Pablo VI. La oración es nuestra misma alma ante Dios: cuanto más se somete, «aferrada desde el Espíritu», tanto más experimenta la «loable locura» de David ante el Arca de la Alianza, o como nos ha recordado Juan Pablo II en la Novo Millennio Ineunte (n. 34), «el ardor de afectos hasta un verdadero “enamoramiento” del corazón».

Del Papa, con ocasión de la audiencia especial por nuestro 30º aniversario, en 2002, hemos recibido una consigna especial: «convertirnos en la Iglesia en un “gimnasio de oración”, de forma particular haciendo amar la oración de alabanza, forma de oración que da gloria a Dios por lo que Él es, antes aún que por lo que hace». Es en este dinamismo espiritual específico de la «Renovación en el Espíritu» que nace y se desarrolla el proyecto «Zarza ardiente».

--¿Podría explicar las características, motivaciones y objetivos de este proyecto?

--Salvatore Martinez: Desde 1997, en muchos países del mundo –de modo especial de Europa-- la «visión» de la Zarza ardiente se ha abierto camino y representa una auténtica oportunidad para muchas comunidades eclesiales apagadas o débiles en la oración y en el abandono al Espíritu Santo. De hecho estoy persuadido de que la fe en el tercer milenio tendrá cada vez más necesidad de estar sostenida por una «espiritualidad carismática», que halla en la presencia imprevisible e insustituible del Espíritu su fuerza de mayor incidencia.

El 14 de marzo de 2002, Juan Pablo II, al recibir en audiencia privada a los responsables nacionales de la «Renovación en el Espíritu» con ocasión del 30º aniversario del nacimiento de la Renovación en Italia, así se expresaba entregando a la RnS un específico mandato apostólico a la Renovación refiriéndose al proyecto «Zarza ardiente»: «El proyecto “Zarza ardiente” es una invitación a la adoración incesante, día y noche. Habéis querido promover esta oportuna iniciativa para ayudar a los fieles a “volver al Cenáculo” para que, unidos en la contemplación del Misterio eucarístico, intercedan a través del Espíritu por la plena unidad de los cristianos y por la conversión de los pecadores. Se trata de un terreno apostólico en el que vuestra experiencia puede dar un muy providencial testimonio... De forma especial, continuad amando y haciendo amar la oración de alabanza, forma de oración que más inmediatamente reconoce que Dios es Dios; le canta por sí mismo, le da gloria porque Él es, antes aún que por lo que hace».

«En nuestro tiempo, ávido de esperaza, haced conocer y amar el Espíritu Santo. Ayudaréis entonces a hacer que tome forma esa “cultura de Pentecostés” que sola puede fecundar la civilización del amor y de la convivencia entre los pueblos. Con ferviente insistencia, no os canséis de invocar: “¡Ven, oh Espíritu Santo! ¡Ven! ¡Ven!”».

El Santo Padre Juan Pablo II, en línea de continuidad con León XIII, Juan XXIII y Pablo VI, siempre ha señalado en su magisterio la actualidad y la necesidad de un «retorno al Espíritu Santo».

En la «Zarza ardiente» Moisés «ve» el amor de Dios que quema sin agotarse; «oye» la voz de Dios que le llama por su nombre; «recibe un mandato de Dios» para hacer saber a todos que «Dios es» y opera signos y prodigios para la salvación de su pueblo (Cf. Ex, 3).

También nosotros, como Moisés, somos convocados por el Espíritu de Dios para penetrar y vivir la realidad de la «Zarza ardiente»: contemplando el «misterio» de la «Zarza ardiente» en la adoración de Jesús, Aquél que nos ha amado con un amor «apasionado» en la cruz y sigue amándonos mediante Su Espíritu que nos ha sido dado. «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (Lc 12, 49) dice Jesús, hablando del «fuego» de su pasión y del «fuego» de Pentecostés; deteniéndose ante la Eucaristía, «fuego de amor», para ser educados por el Espíritu a dar amor a Jesús, es como más nos entregamos, y más Él se entrega a nosotros; más nos abrasamos de amor por Él y más este amor no se extingue, es más, es capaz de «incendiar» otros corazones. Adorando al Vivo y Poderoso Señor Jesús, para proclamar en nuestras oraciones de alabanza y de súplica su victoria sobre el mal y sobre la muerte, reclamando Su intervención en el tiempo presente, para que Su salvación rodee nuestras familias, los ambientes sociales, todo el mundo.

--En la «Renovación en el Espíritu» son «entusiastas» de nuestra época. ¿De donde nace el entusiasmo y la esperanza que les anima?

--Salvatore Martinez: Los apóstoles fueron «obligados» por Jesús a permanecer en oración y a no tener prisa por conocer los «tiempos de Dios». En el Cenáculo, perseverando en la oración, los primeros seguidores de Jesús fueron llenados del poder del Espíritu y pudieron iniciar su misión evangelizadora.

El primer don que recibieron fue el de «lenguas», un «signo» de la novedad del Espíritu en los apóstoles, indicador de la nueva capacidad de «anunciar a todas las gentes» el Evangelio de Jesús con el nuevo lenguaje del Espíritu. También nosotros, como los apóstoles, estamos llamados a volver al Cenáculo para invocar una nueva manifestación del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo: es Él el «fuego» de Dios; es Él quien quema en nosotros; es Él quien hace nuestras lenguas «abrasadas», irresistibles en el anuncio del Evangelio; para «llevar» el mundo al Cenáculo, para hablar a Dios del mundo, corazón a corazón, con un lenguaje nuevo

«no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales» (1 Co 2, 13); para tener experiencia de una nueva intimidad con el Señor, de manera especial recurriendo a la adoración, a la alabanza, a la intercesión, a la súplica en el Espíritu, o sea, mediante una oración hecha «en el Espíritu».

LÍNEAS GUÍA PARA LA ORACIÓN DE SANACIÓN

A cargo del Servicio de la Renovación Carismática Católica Internacional

ROMA, martes, 13 mayo 2008 (ZENIT.org).- La oración de sanación ha sido a lo largo de los siglos un elemento esencial en la vida espiritual de los católicos, ligada inseparablemente a la proclamación del Evangelio.

Los verdaderos pioneros en el ministerio de sanación hay que buscarlos sin embargo en algunos grupos de protestantes que vivieron en Alemania y Suiza, en torno a finales del siglo XIX.

En la Iglesia católica, el Concilio Vaticano II (1962-1965) marca un redescubrimiento de este ministerio, como demuestra la inserción de una enseñanza sobre los carismas en la Constitución sobre la Iglesia, en el n° 12 de la *Lumen Gentium*.

De modo especial, desde siempre empeñado en profundizar la comprensión y el aprecio del carisma de la sanación en ámbito católico, el *Internacional Catholic Charismatic Renewal Services*, ICCRS (Servicio de la Renovación Carismática Católica Internacional), un organismo de derecho pontificio reconocido en 1993, tiene la tarea de coordinar y promover el intercambio de experiencias y reflexiones entre las comunidades carismáticas católicas, en cuya espiritualidad participan más de cien millones de fieles esparcidos en 200 países.

Este descubrimiento cobró impulso en 1995, en San Giovanni Rotondo, Italia, cuando fue presentado un encuentro de sanación, en el que participaron 30.000 personas para celebrar el ministerio de sanación, entonces llevado adelante por el difunto padre Emiliano Tardif.

Posteriormente en 2001, en Roma, el ICCRS organizó, junto al Consejo Pontificio para los Laicos, un Coloquio para examinar el ministerio de sanación presente en la Renovación Carismática, ya analizado por la Congregación para la Doctrina de la fe en una Instrucción ad hoc.

Tras el encuentro, una Comisión doctrinal del ICCRS, presidida por monseñor Joseph Grech, obispo de Sandhurst, Australia, emitió un documento en inglés sobre este argumento titulado «Guidelines on Prayers for Healing» (Líneas guía sobre las oraciones de sanación), que se detiene sobre los contextos histórico, bíblico y teológico y sobre las diversas cuestiones pastorales.

Estas líneas guía se sitúan en la línea de los documentos de Malinas, realizados a comienzos de los años 70 tras coloquios promovidos en su diócesis por el cardenal Leòn Joseph Suenens, que fue un gran sostenedor de la Renovación Carismática, y fruto del trabajo de una Comisión doctrinal y teológica, que contaba entre sus miembros con el entonces cardenal Joseph Ratzinger.

En el documento se afirma que «la vasta difusión de los carismas de sanación y el desarrollo de varias prácticas y ministerios en los que se ejercitan, han hecho surgir la necesidad de un prudente discernimiento, en modo especial por parte de los pastores de la Iglesia».

Al mismo tiempo, en nuestros días se observa la tendencia a recurrir a la «medicina holística» o a formas de medicina alternativa para poner freno «a la desesperación que conduce a las personas débiles a buscar ayuda de cualquier fuente», y a menudo las fuentes son «tanto paganas como esotéricas, bajo forma de religión popular tradicional o como nuevas religiones con un énfasis en la aspecto terapéutico».

Del mismo modo, se advierte, «la acción de Satanás no se toma en seria consideración por muchos dentro de la Iglesia».

«Uno de los descubrimientos hechos por quienes están implicados en el ministerio de la sanación --puede leerse-- es la profundidad de las heridas interiores que necesitan ser sanadas en aquellas personas que exteriormente aparecen con salud y normales pero que, en el 'interior', sufren profundamente».

Son diversos los tipos de enfermedad a los que se aplica este ministerio: física (para sanar enfermedades e invalideces); psicológica (para cicatrizar las heridas emotivas); espiritual (para restablecer la relación privilegiada con Dios resquebrajada por el pecado); exorcismo (para echar a los demonios) y liberación (para liberar a una persona de la influencia malvada a través de la oración dirigida a Dios); de la memoria (para la purificación de un pueblo o de una sociedad de los males del pasado); intergeneracional (para allanar los desórdenes heredados de los progenitores); de la tierra (para afrontar la contaminación y los daños causados al medio ambiente).

Sin embargo, se precisa, «es equivocado pensar que la voluntad de Dios sea la de curar todas las enfermedades y males en esta vida. Jesús dijo a los discípulos que no sólo curaran a los enfermos sino que los 'visitaran' (Mt 25,36). De hecho, hay casos en el Nuevo Testamento en los que los enfermos permanecen tales, al menos por un poco, a pesar del carisma de sanación de los apóstoles».

En este sentido, se afirma, «El desafío está en purificarse de actitudes de pasividad frente al mal, de manera que cuando no se da la sanación, la aceptación positiva del sufrimiento se transforma en una actitud positiva de fe y no en una mera resignación pasiva»; la persona que sufre debería por tanto «ser animada a perseverar en la oración y en la entrega confiada a Dios».

En efecto «el carácter esencialmente gratuito de la sanación» lo hace «algo derivado de la libre iniciativa de Dios, y del contexto eclesial de la curación».

El intento llevado adelante por la Renovación Carismática es el de integrar los carismas en una renovada vida sacramental, en «un encuentro con la potencia sanadora de Cristo en un contexto sacramental... en una renovación de la fe sacramental, en una más profunda conciencia de que el Señor resucitado está presente y actúa en primera persona en los sacramentos para comunicar su gracia vivificante».

Por esta razón, se subraya, «es esencial que cada ministerio público de sanación se inicie con la proclamación de la Palabra y su exposición» para que «aunque el ministerio de sanación se de fuera del contexto litúrgico, el contexto para comprender la obra de sanación del Señor es siempre sacramental».

Ya de se trate de contextos litúrgicos (unción de los enfermos, liturgia de la Palabra, Santa Misa) o no, «los sacramentos, de modo especial la Eucaristía, son los contextos privilegiados en los que Cristo comunica su potencia sanadora y actualiza de modo misterioso en la Iglesia las obras que el mismo realizó durante la vida terrena».

Sin embargo, es necesario asegurarse de que «la Santa Misa y el Santo Sacramento no sean instrumentalizados para el beneficio de las oraciones de sanación sino que sean respetados en su finalidad, que es la de conducir al fiel a una comunión espiritual con Cristo».

Las líneas guía ponen también en guardia sobre un aspecto especial, el hecho de que el ejercicio de los carismas no puede acompañarse con el pecado, sino que debe unirse a la oferta al Señor de un corazón contrito y humillado.

Además, el poder de sanación es donado en un contexto misionero, no con vistas a la exaltación de los individuos, sino para confirmarles en su misión: «Un carisma de sanación no debe nunca ser tratado como una propiedad personal o usado para atraer la atención sobre sí». Pero sobre todo «es importante que las sanaciones no sean nunca consideradas como aisladas, como eventos individuales, sino más bien como momentos de gracia dentro de un proceso de conversión de amplio alcance que se refiere a las vidas de las personas tocadas de este modo».

Homilía del Papa en la misa por los cardenales y obispos difuntos

MIRAR SIEMPRE A LA “META ÚLTIMA QUE ANHELAMOS, LA CASA DEL PADRE”

CIUDAD DEL VATICANO, lunes 3 de noviembre de 2008 (ZENIT.org).- Ofrecemos a continuación el texto íntegro de la homilía que pronunció este lunes Benedicto XVI durante la eucaristía por los cardenales y obispos fallecidos en los últimos doce meses.

Señores cardenales,
venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,
queridos hermanos y hermanos

Al día siguiente de la Conmemoración litúrgica de todos los fieles difuntos, nos hemos reunido hoy, según una hermosa tradición, para celebrar el Sacrificio eucarístico en sufragio de nuestros hermanos cardenales y obispos que han abandonado este mundo durante el último año. Nuestra oración está animada y confortada por el misterio de la comunión de los santos, misterio que en estos días hemos contemplado nuevamente en el intento de comprenderlo, acogerlo y vivirlo cada vez más intensamente.

En esta comunión recordamos con gran afecto a los cardenales Stephen Fumio Hamao, Alfons Maria Stickler, Aloisio Lorscheider, Peter Porekuu Dery, Adolfo Antonio Suárez Rivera, Ernesto Corripio Ahumada, Alfonso López Trujillo, Bernardin Gantin, Antonio Innocenti y Antonio José Gonzáles Zumárraga. Nosotros creemos y sentimos que están vivos en el Dios de los vivos. Y con ellos recordamos también a cada uno de los arzobispos y obispos, que en los últimos doce meses han pasado de este mundo a la Casa del padre. Queremos rezar por todos, dejándonos iluminar la mente y el corazón por la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

La primera lectura -un pasaje del libro de la Sabiduría (4,7-15) - nos ha recordado que ancianidad venerable no es sólo la larga edad, sino la sabiduría y una existencia pura, sin malicia. Y si el Señor llama a sí a un justo antes del tiempo, es porque sobre él tiene un diseño de predilección que nosotros no conocemos: la muerte prematura de una persona que nos es querida supone una invitación a no detenerse viviendo de modo mediocre, sino a tender lo antes posible hacia la plenitud de la vida. Hay en el texto de la Sabiduría una vena paradójica que encontramos también en la perícopa evangélica (Mt 11,25-30). En ambas lecturas surge un contraste entre lo que aparece a la mirada superficial de los hombres y lo que en cambio ven los ojos de Dios. El mundo considera afortunado a quien vive muchos años, pero Dios, más que a la edad, mira la rectitud del corazón. El mundo da crédito a los "sabios" y a los "doctos", mientras Dios prefiere a los "pequeños". La enseñanza general que se deriva de ella es que hay dos dimensiones de la realidad: una más profunda, verdadera y eterna, la otra marcada por la finitud, por la provisionalidad y la apariencia. Ahora bien, es importante subrayar que estas dos dimensiones no se siguen en simple sucesión temporal, como si la vida verdadera comenzara solo después de la muerte. En realidad, la vida verdadera, la vida eterna comienza ya en este mundo, aun dentro de la precariedad de las circunstancias de la historia; la vida eterna comienza la vida eterna en la medida en que nos abrimos al misterio de Dios y lo acogemos en medio de nosotros. Dios es el Señor de la vida y en Él "vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17,28), como dijo san Pablo en el Areópago de Atenas.

Dios es la verdadera sabiduría que no envejece, es la riqueza auténtica que no se marchita, es la felicidad a que aspira en profundidad el corazón de todo hombre. Esta verdad, que atraviesa los Libros sapienciales y vuelve a surgir en el Nuevo Testamento, encuentra cumplimiento en la existencia y en la enseñanza de Jesús. En la perspectiva de la sabiduría evangélica, la misma muerte es portadora de un saludable amaestramiento, porque obliga a mirar a la cara la realidad, empuja a reconocer la caducidad de lo que parece grande y fuerte a los ojos del mundo. Frente a la muerte pierde interés todo motivo de orgullo humano y resalta en cambio lo que vale en serio. Todo acaba, todos en este mundo estamos de paso. Solo Dios tiene vida en sí mismo, es la vida. La nuestra es una vida participada, dada "ab alio", por eso un hombre puede llegar a la vida eterna solo a causa de la relación particular que el Creador le ha dado consigo. Pero Dios, viendo el alejamiento del hombre de sí, ha dado un paso más, ha creado una nueva relación entre él y nosotros de la que habla la segunda lectura de la Liturgia de hoy. Él, Cristo, "ha dado su vida por nosotros" (1 Jn 3, 16).

Si Dios - escribe san Juan - nos ha amado gratuitamente, también nosotros podemos, y por tanto debemos dejarnos llevar por este movimiento oblativo, y hacer de nosotros mismos un don gratuito para los demás. De esta forma conocemos a Dios como Él nos conoce; de esta forma moramos en Él como Él ha querido morar en nosotros, y pasamos de la muerte a la vida (cfr 1 Jn 3,14) como Jesucristo, que ha vencido a la muerte con su resurrección, gracias a la potencia gloriosa del amor del Padre celestial.

Queridos hermanos y hermanas, esta Palabra de vida y de esperanza nos conforta profundamente ante el misterio de la muerte, especialmente cuando afecta a las personas que nos son más queridas. El Señor nos asegura hoy que nuestros llorados hermanos, por quienes rezamos en esta Santa Misa, han pasado de la muerte a la vida porque han elegido a Cristo, han acogido su yugo suave (cfr Mt 11,29) y se han consagrado al servicio de los hermanos. Por eso, aun cuando deban expiar su parte de pena debida a la fragilidad humana -que a todos nos marca, ayudándonos a ser humildes-, la fidelidad a Cristo les permite entrar en la libertad de los hijos de Dios. Si nos ha entristecido haber tenido que separarnos de ellos, y aún nos duele su falta, la fe nos conforta íntimamente al pensar que, como ha sido para el Señor Jesús, y siempre gracias a Él, la muerte ya no tiene poder sobre ellos (cfr Rm 6,9). Pasando, en esta vida, a través del Corazón misericordioso de Cristo, han entrado "en un lugar de descanso" (Sb 4,7). Y ahora nos es grato pensar en ellos en compañía de los santos, finalmente liberados de las amarguras de esta vida, y sentimos nosotros también el deseo de podernos unir un día a tan feliz compañía.

En el Salmo responsorial hemos repetido estas consoladoras palabras: "Dicha y gracia me acompañarán / todos los días de mi vida; / mi morada será la casa del Señor / a lo largo de los días" (Sal 23[22],6). Sí, queremos esperar que el Buen Pastor haya acogido a estos hermanos nuestros, por quienes celebramos el divino Sacrificio, al ocaso de su jornada terrena, y les haya introducido en su intimidad bienaventurada. El aceite bendecido -del que se habla en el Salmo (v. 5) - se puso tres veces sobre sus cabezas y una vez sobre sus manos; el cáliz (ibid.) glorioso de Jesús sacerdote ha sido también su cáliz, que han elevado día tras día, alabando el nombre del Señor. Ahora han llegado a los pastos del cielo, donde los signos dejan lugar a la realidad.

Queridos hermanos y hermanas, unamos nuestra común oración y elevémosla al Padre de toda bondad y misericordia para que, por intercesión de María Santísima, el encuentro con el fuego de su amor purifique pronto a nuestros amigos difuntos de toda imperfección y los transforme para alabanza de su gloria. Y oremos para que nosotros, peregrinos en la tierra, mantengamos siempre orientados los ojos y el corazón hacia la meta última que anhelamos, la Casa del Padre, el Cielo. Así sea.

BENEDICTO XVI: LA VIDA ETERNA COMIENZA CUANDO UNO ACOGE A DIOS EN SU VIDA

Durante la Misa en sufragio por los cardenales y obispos fallecidos este año

CIUDAD DEL VATICANO, lunes 3 de noviembre de 2008 (ZENIT.org).- La vida eterna comienza ya en este mundo, "aun dentro de la precariedad de las circunstancias de la historia" en la medida en que "nos abrimos al misterio de Dios y lo acogemos en medio de nosotros". Así lo afirmó este lunes el Papa Benedicto XVI durante la misa de sufragio por los obispos y cardenales fallecidos en los últimos doce meses.

En la homilía, el Papa recordó "con gran afecto" a los cardenales - Stephen Fumio Hamao, Alfons Maria Stickler, Aloisio Lorscheider, Peter Porekuu Dery, Adolfo Antonio Suárez Rivera, Ernesto Corripio Ahumada, Alfonso López Trujillo, Bernardin Gantin, Antonio Innocenti e Antonio José González Zumárraga - y a "cada uno de los arzobispos y obispos" fallecidos recientemente.

La Misa se celebró esta mañana en la Basílica de San Pedro, por los diez cardenales y los 103 prelados fallecidos este año, renovando, aseguró Benedicto XVI, una "bella tradición". Junto con él concelebraron los cardenales Angelo Sodano, decano del colegio cardenalicio, y Tarcisio Bertone, secretario de Estado.

El Papa dedicó la homilía a reflexionar sobre el sentido cristiano de la muerte, y recordó que "si el Señor llama a sí a un justo antes del tiempo, es porque sobre él tiene un diseño de predilección que nosotros no conocemos".

"La muerte prematura de una persona que nos es querida supone una invitación a no detenerse viviendo de modo mediocre, sino a tender lo antes posible hacia la plenitud de la vida", añadió.

Según el Papa, existe "un contraste entre lo que aparece a la mirada superficial de los hombres y lo que en cambio ven los ojos de Dios. El mundo considera afortunado a quien vive muchos años, pero Dios, más que a la edad, mira la rectitud del corazón".

Por otro lado, subrayó, "la misma muerte es portadora de un saludable amaestramiento, porque obliga a mirar a la cara la realidad, empuja a reconocer la caducidad de lo que parece grande y fuerte a los ojos del mundo. Frente a la muerte pierde interés todo motivo de orgullo humano y resalta en cambio lo que vale en serio".

"Todo acaba, todos en este mundo estamos de paso. Solo Dios tiene vida en sí mismo, es la vida", añadió el Papa.

Sin embargo, quien acoge a Dios puede vivir ya durante su existencia terrena un anticipo de la eterna. "Dios es la verdadera sabiduría que no envejece, es la riqueza auténtica que no se marchita, es la felicidad a que aspira en profundidad el corazón de todo hombre", explicó. Los cardenales y obispos difuntos, añadió, "han pasado de la muerte a la vida porque han elegido a Cristo y han acogido su yugo suave, consagrándose al servicio de los hermanos".

Por ello, "aunque deban expiar su parte de pena debida a la fragilidad humana -que nos marca a todos, ayudándonos a ser humildes- la fidelidad a Cristo les permite entrar en la libertad de los hijos de Dios".